M16001


22501267964

LECCIONES ORALES

DE

MORAL MÉDICA.

DADAS A LOS ALUMNOS SEXTIANISTAS
DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE MONTEREY

POR

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ,

DIRECTOR DE LA MISMA ESCUELA Y CATEDRATICO DE SEXTO AÑO



MONTEREY.

IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN PALACIO
A CARGO DE VIVIANO FLORES.

1878.

DR. N. LEON.
FRE ON• 92
MEX 6.

Quant aux autres parties de la philosophie générale, il en est une qu' Hippocrate a surtout honorée, c' est la morale. Jamais cœur d' homme n' a mieux connu la sainteté de ses devoirs, et ne l' a fait sentir aux autres hommes par des traits plus touchants. Jetez les yeux sur son *Serment*, sur sa *Loi*, sur ses *Preceptes*, sur son petit traité *De la dignité du médecin*. Quelle pureté de mœurs! quelle chasteté! ¡quelle discrétion! quelle gratitude et quel désintéressement! Pour lui, la morale est aussi nécessaire que l' air lui-même.

Artículo "Hippocrate," escrito por Pariset, en el Diccionario de la conversacion, tomo 32 pág. 55, colum. 2ª

W50
1878/
G64l

M16001

PRÓLOGO.

Es cosa muy fácil escribir de moral, porque, como dice Balmes: "Es materia en que las riquezas abundan, y se las puede tomar de otros sin que se conozca el plagio." Al dar yo estas lecciones, he querido aprovechar esta facilidad, he tomado riquezas agenas; pero no quiero incurrir en la nota de plagiario. Así es, que en vez de apropiarme las ideas de otros y redactarlas á mi modo, he insertado íntegros los párrafos que las contienen y he dicho francamente de quienes son. Resultó, en verdad, una pieza abigarrada y sin gracia, compuesta de fracmentos desiguales y mal unidos, por lo que no faltará quien me aplique la fina crítica de Horacio y su bien conocida sentencia: *"Así se cosen uno y otro retazo de púrpura."* Pero esto no me inquieta, porque no pretendo ganar el crédito de escritor pulido y elegante, he querido solamente llenar una exigencia, cumplir con un deber: el reglamento me obliga á dar en lecciones orales la enseñanza de aquellas materias, para las cuales falten textos á propósito. Estas lecciones, pues, están destinadas á servir interin sale á luz una obra que llene mejor su objeto. He convenido en que este opúsculo se publique, á pesar de sus muchos defectos, porque creo que vulgarizando mucho cuales son las principales obligaciones de los Médicos, estos se avergonzarán de no cumplirlas, harán por ajustarse mejor á ellas y pondrán especial cuidado en ser buenos, cosas que necesariamente deben redundar en honra de ellos mismos y en bien de la humanidad.

Entre tantos como han escrito de moral, he preferido á

Hipócrates y á sus comentadores por razones muy poderosas, á mi ver: los preceptos hipocráticos son intrínsecamente buenos, dictados por un autor pagano, han sido examinados, discutidos y aprobados por los hombres mas sabios de todas las naciones durante el larguísimo período de dos mil trescientos años, sin que nadie los haya impugnado, lo que demuestra su absoluta conformidad con la sana razon y la eternidad de los principios de la moral. Ademas, he querido dar á conocer al Padre de la Medicina y ponerlo por modelo á mis discípulos, porque yo deseo que ellos sean tan sabios, tan justos, tan buenos y tan útiles, como él lo fué.

Aunque no han faltado críticos antiguos y modernos, que disputen sobre la autenticidad de algunos de los libros de Hipócrates, atribuyéndolos á sus ascendientes y descendientes; sin embargo, todos convienen en que en la coleccion hipocrática están consignados los dogmas y las prácticas de la escuela de Coos. Así es, que no hay inconvenientes en tomar los principios de la moral hipocrática de cualquiera de esos libros, cualquiera que haya sido su autor, porque si en ellos no asentó el Príncipe de los Médicos algunos de estos principios materialmente, no cabe duda en que los profesó y los enseñó en su escuela.

En cuanto á la parte histórica, no han faltado tampoco quienes impugnen á Sorano, Suidas, Tzetzes, biógrafos de Hipócrates, pretendiendo probar que el Padre de la Medicina no pudo haberse encontrado en Atenas cuando la desoló la peste, y aun algunos se han adelantado hasta negar la autenticidad del decreto de los atenienses. Yo en esta parte me decidí á seguir á Barthelemy y á César Cantú, porque en materia de historia me parece que son buenos guías.

Para hacer la traduccion del juramento de Hipocrátes, y los demas pasages que tomé de sus obras, me valí del arbitrio de comparar cuidadosamente el texto griego con las traducciones latina de Gottlob Kühn y francesa de Littré, procurando por este medio aclarar y fijar mejor el verdadero sentido de las palabras del original.

INTRODUCCION.

De todos los séres que pueblan este mundo, el hombre es el único que está dotado de libertad y de razon. Esta le dá el conocimiento del bien y del mal, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, y por necesaria consecuencia, las ideas de lícito é ilícito de meritorio y de punible; y aquella le dá la facultad de obrar de una manera ó de otra, ó de no obrar. Si el hombre no fuera libre, si tuviera que obrar siempre necesariamente, le seria la razon no solamente inútil sino perjudicial; porque no le serviría mas que para darle á conocer lo inconveniente y desatinado de las malas obras, sin tener el poder de dejar de hacerlas. De esto se infiere claramente que al hombre le fué concedida la razon para dirigir la voluntad. La razon dicta leyes á la voluntad y ésta está en el deber de cumplirlas; y si no las cumple obra contra larazon. En elhombre, así como la leyes físico-químicas están del todo subordinadas á las leyes vitales, así tambien deben los instintos de su naturaleza y su libre albedrío estar enteramente subordinados á las prescripciones de la razon y de la justicia; á no ser que, renunciando los privilegios que le dá su inteligencia, deje libre su voluntad, para obrar como los irracionales, y, entónces, hacerse digno de la pena correspondiente á su desacato. De este modo de ser, peculiar del hombre, se sigue un órden de cosas enteramente desconocido y extraño á los demas séres de la creacion, el órden moral. Los que filosóficamente han estudiado este órden de cosas, considerando las acciones humanas con relacion á las ideas primordiales de bueno y de malo, de justo é injusto, de lícito é ilícito, de meritorio y de punible, han creado una ciencia que han llamado Etica, es decir, la ciencia de las costumbres, que no es otra cosa mas que el órden moral explicado y reglamentado, por la filosofía. Así, pues, podemos definir la moral ral própiamente dicha: *La costumbre de obrar conforme á los preceptos de la razon.*

Todos los hombres de todos los tiempos, han sentido y

sienten en sí mismos la necesidad de ajustarse á las reglas de la moral: las leyes de todos los pueblos y los preceptos de todas las religiones están acordes en tomar por base la buena moral, aunque con mas ó menos pureza segun el grado de su ilustracion; y, no se pida mas, hasta los ateos confiesan que las acciones buenas son meritorias y las malas son punibles. Ademas, el hombre es sociable por naturaleza, nació con el instinto de sociabilidad mas desarrollado que ningun otro animal, pues ninguno forma sociedades mas numerosas y duraderas que él; y es incapaz de vivir y perpetuar su especie enteramente solo: tiene, pues, por una verdadera necesidad de su naturaleza, que vivir en sociedad. ¿Y cómo podria ser esto, si todos tuvieran el derecho de hacer cuanto quisieran, sin sujetarse á la razon? ¿Qué reunion de hombres podria subsistir en donde el uno no estuviera obligado á respetar el derecho del otro? En suma, ¿puede subsistir la sociedad sin el órden? No, y mil veces no: luego la moral, que es el buen órden de las acciones humanas, es una necesidad para la sociedad y una obligacion natural del individuo. Tal es la ley natural á que todo hombre está sujeto, no por su voluntad, sino por condicion propia de su naturaleza; pues no se le ha dado la razon como un simple adorno, sino como una regla segura, á la que debe sujetar su conducta; y si quebranta esta regla, si no sujeta á ella su voluntad, y si obra contra la razon y la justicia, se hace reo de un delito y merecedor de una pena proporcionada al tamaño de su falta.

Todos los hombres están, pues, sin concurso de su voluntad, obligados á guardar la ley natural. De ellos el que se hace cristiano, al recibir la fé de Cristo, promete solemnemente guardar los mandamientos de Dios, es decir, que promete guardar la ley natural bajo su mas pura y mejor detallada forma,; y entónces queda doblemente obligado á guardarla: porque la obligacion que contrae como cristiano ni invalida ni altera la que tiene como hombre, y si comete una falta, merece doble pena, porque quebanta su obligacion natural y su promesa religiosa.

Yo me supongo que los que me oyen saben bien cuales son sus deberes como hombres y como cristianos; y si no los

saben, deben saberlos, y están estrictamente obligados á inquirirlos, aprenderlos y guardarlos; por lo que me limitaré á hablar solamente de la moral Médica, esto es, de los preceptos que la razon y la justicia imponen al médico, para que debidamente desempeñe sus obligaciones profesionales.

OBJETO DE LA MEDICINA.

El objeto de la medicina es el hombre, si está sano para conservarle la salud, si está enfermo para restablecérsela, aliviarle los dolores y prolongarle la vida cuanto mas le fuere posible. No fué desconocido de los antiguos el verdadero objeto de la medicina, pues ya, mucho antes de Hipócrates, Lino y Orfeo la definieron: "Arte divino que apacigua los dolores, restituye con la salud la felicidad y los placeres y prolonga la vida." Así, pues, el médico tiene á su cargo cuidar de la salud y de la vida de los hombres; y la salud y la vida de los hombres son cosas verdaderamente sagradas, cosas demasiado grandes y respetables, que deben ser tratadas con la mayor atencion y cuidado; y que no siendo compfables ni vendibles, jamás deben ser objeto de interesadas especulaciones. De aquí es que la medicina ha de ser ejercida filantrópicamente, ha de ser la mas sincera expresion del amor del prójimo, debe ejercerse como una verdadera religion, como un verdadero sacerdocio, sin pensar mas que en hacer el bien á los hombres sin exceptuar ni á los criminales, ni á los enemigos, ni á nadie. El que lo haga así cumplirá con su deber y será tenido por bueno; y el que lo contrario hiciere, será un mal hombre, peor ciudadano é indigno de vivir en la sociedad. Ved el admirable modo con que San Lúcas nos refiere en el capítulo X de su Evangelio la ingeniosa parábola del Samaritano, en la que se nos dá el precepto de la caridad, ejercida principalmente con los enfermos: "Y se levantó „un Doctor de la ley, y dijo á Jesus para tentarle: ¿Maes- „tro, qué haré para poseer la vida eterna? Y El le dijo: „¿En la ley que hay escrito? ¿cómo lees? El respondiendo, „dijo: Amarás al Señor tu Dios con tu corazon con toda tu

,,alma y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento:
,,y á tu prójimo como á ti mismo. Y le dijo: Bien has res-
,,pondido: Haz eso, y vivirás Mas el Doctor, queriéndo-
,,se justificar así mismo, dijo á Jesus: Y quién es mi
,,prójimo,? Y Jesus, tomando la palabra, dijo: Un hom-
,,bre bajaba de Jerusalen á Jericó y dió en manos de unos
,,ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle
,,herido, le dejaron medio muerto, y se fueron. Aconteció,
,,pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote,
,,y cuando le vió pasó de largo. Y así mismo un levita,
,,llegando cerca de aquel lugar, y viéndole pasó tambien
,,de largo. Mas un Samaritano que iba su camino, se lle-
,,gó cerca de él: y cuando le vió se movió á compasion. Y
,,acercándose le vendó las heridas echando en ellas aceite
,,y vino; y poniéndole sobre su béstia lo llevó á una venta,
,,y tuvo cuidado de él. Y otro dia sacó dos dineros y los
,,dió al mesonero, y le dijo: cuídamele: y cuanto gastares
,,demas, yo te lo daré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres
,,te parece que fué el prójimo de aquel, que dió en manos
,,de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó
,,con él de misericordia. Pues vé, le dijo entónces Jesus,
,,y has tu lo mismo."

Si sois cristianos debeis recibir esta historia evangélica como una enseñanza divina, como un precepto dado por el mismo Hijo de Dios; y si no lo sois, debeis ver la doctrina que encierra esta parábola, como dictada por un médico moralista de la escuela hipocrática, pues podeis negar á San Lúcas, si quereis, la inspiracion divina y la autoridad que de ella emana; pero no podeis negarle su calidad de Médico, y Médico hipocrático, pues fué de la escuela alejandrína, única que habia en su tiempo, y, entónces, no habia para estudiar libros mas célebres y mas conocidos que los de Hipócrates. Así es que, cualquiera que sea vuestra creencia, bien puedo deciros con el médico Lúcas: Id y haced siempre lo mismo que hizo el Samaritano, y no hagais jamás lo que hicieron el sacerdote y el levita.

EL MEDICO.

El médico por su voluntad se aparta del comun de las gentes y se coloca en la clase de los hombres públicos, los cuales deben dar el ejemplo de todas las virtudes, y se obliga á saber cuanto debe saberse para cumplir bien con sus deberes, y á ser siempre buen hombre y buen ciudadano, á costa de su tiempo, de su reposo, de sus comodidades, de su salud, de su vida y, si necesario fuere, de su honra. El que no tenga verdadera vocacion, el que no se sienta con fuerzas suficientes para llevar tal carga, debe renunciar sus pretensiones y emprender otra carrera que sea mas conforme con sus inclinaciones y sus gustos. El que quiera ser verdadero médico, médico filósofo, médico de la escuela hipocrática, verdadero sucesor del sábio y justo Anciano de Coos, pórtese como él se portó. Pero el que no piense así, el que esté tocado del inmoderado deseo de adquirir riquezas, el que aspire mas á buscar su propio bien que el bien de la humanidad, el que apetezca mas los pasatiempos y placeres que el ímprobo trabajo á que están destinados los que profesan el difícil arte de curar, no siga adelante, desista de la empresa, no adopte una noble profesion para deshonrarla, y mas bien que hacer un tráfico vergonzoso, é indigno con su talento y con las miserias humanas, dedíquese á otra cosa, vaya en buena hora á buscar tesoros en las entrañas de la tierra, vaya á emprender lucrativas especulaciones mercantiles, ó dese á los trabajos de la labranza ó á la cria de los ganados, que con los minerales, las mercancías, los frutos de la tierra y los animales podrá traficar y especular lícitamente, podrá ganar millones y proporcionarse una vida expléndida y llena de comodidades, cosas que de todo punto se niegan al médico: porque destinado al servicio de la humanidad, debe estar dispuesto á todas horas á prestar los auxilios de su arte á todo género de personas; sin que le quede mas tiempo de reposo que el que sus graves ocupaciones le dejen. Cualquiera otro tiene la libertad de escoger los mas adinerados para servirles y ser mejor pagado; el médico tiene que ser-

vir, sin distincion, á los pobres, que son los *mas*, y á los ricos, que son los ménos; y que sufrir con paciencia toda su vida las impertinencias, necedades, caprichos, injusticias é ingratitudes de una inmensa mayoría de las gentes, pues no hay arbitrio para hacer la humanidad tal como uno quisiera que fuese, y hay que sufrirla tal cual ella es en sí.

El que tenga disposicion natural, los conocimientos suficientes, la moralidad necesaria y la fuerza de voluntad indispensables para darse al ejercicio de un arte tan lleno de dificultades y tan sobrecargado de obligaciones, hágase médico en buena hora; pero, una vez hecho, aplíquese con todas sus fuerzas al cumplimiento de sus obligaciones, y jamas se ocupe de otra cosa agena á su arte. Si estudió la medicina, ejerza la medicina, porque no puede darse desatino mas grande, que estudiar una ciencia para ir á ejercer otra. El que gastó su juventud en estudiar y practicar una ciencia, amoldó á ella su inteligencia y sus hábitos, ya no está muy apto para aprender otra. Mucho trabajo ha de costarle, si lo intenta, y siempre quedará con todos los vicios y defectos de un aprendizage tardío, con hábitos mixtos, aprendiendo imperfectamente la segunda y sin olvidar del todo la primera; en ninguna alcanzará la perfeccion que hubiera obtenido dedicándose á una sola. La medicina excluye cualquiera otra ocupacion, porque, como dice Hipócrates: "La vida es corta y el arte es largo." Toda la atencion de que es capaz un hombre, y toda su vida, por larga que sea, apenas bastan para aprender un algo, sin tener esperanza de poder llegar nunca á la suma perfeccion. Pero de cuantas ocupaciones pueden distraer al médico con perjuicio de sus ocupaciones profesionales, ninguna es mas perniciosa que la política: porque destinado al servicio de todos, sin distincion alguna, debe amar igualmente á todos los hombres; y si entra en la política, tiene que inscribirse necesariamente en un partido, es decir, que hace solemne profesion de aborrecer con toda su alma á cuantos no piensen como él en materia, no de la verdadera política, sino de la bastarda que siguen los hombres de partido, cosa tan verdaderamente opuesta al fin esencial de la medicina, como lo es tambien á la razon y á la justicia. Por esto ha

dicho, con tanto acierto, el sábio Hufeland, médico verdaderamente hipocrático: "El facultativo no debe pertenecer á ningun partido, porque la popularidad es su elemento, y la libertad de pensar su mas noble prerogativa. Guárdese, pues, de seguir ninguna bandera política, ni de formar relaciones que le obliguen á ello; su mayor fortuna consiste en que la misma profesion que ejerce le impide inclinarse mas á una fraccion que á otra de la sociedad en que vive, por cuanto á todas, como que están compuestas de hombres, ha de dispensar con igualdad sus desvelos."

Para demostrar que el ideal del verdadero médico no ha sido forjado por una imaginacion acalorada; sino tomado de la naturaleza misma de las cosas, pondré á continuacion el preámbulo de la biografía del Dr. D. Juan Antonio Frutos, escrita por nuestro sábio compatriota D. Justo Sierra, este señor con solo la perspicuidad de su ingenio contemplando la naturaleza llegó como Hipócrates á formarse una idea clara de cómo debe ser el verdadero médico. Es tan justa la pintura que de él hace, que bien podríamos llamarlo: "El médico filósofo de Sierra." Héla aquí:

"La mision del médico es de un género tan sublime, que no debian ser iniciados en los misterios de esta noble ciencia sino aquellas almas elevadas y filantrópicas, que conociendo los males de la humanidad aprendiesen á aliviarla. Los que en esta profesion ilustre solo buscan un modo de vivir, un título con que pasar holgadamente sus dias, sin amar á sus prójimos, sin compadecerse de sus dolencias, sin mas empeño en una curacion que satisfacer su amor propio, acreditar su acierto y suficiencia en el tratamiento de las enfermedades, y todo eso por lucrar y atesorar.... esos tales no son médicos, segun la idea que me he formado de aquella especie de sacerdocio. Esto no es decir que el médico no deba ser recompensado: al contrario yo creo que no hay tesoro con que corresponder al hombre á quien debemos la salud; y toda la sociedad debe de honrar al médico y contribuir á sostenerlo. El paganismo erigió altares á Esculapio en Epidauro, é Hipócrates es reverenciado como un semi-Dios."

"Pero la pobre humanidad sufre tanto y se halla sujeta

á tantas calamidades, que no es posible ver con serenidad que los malos médicos trafiquen sobre su miseria. Por eso llora la multitud cuando se vé privada de un médico caritativo, que muestre el mismo interés en la curacion de un rico que en la de un pobre desvalido."

"Sábiamente han calculado los pueblos cultos al fijar tantas reglas y exigir tan variados estudios para la recepcion de un médico. Un médico es á veces el depositario de secretos en que estriba el honor de una familia: necesita estudiar mucho, saber mucho y conocer los resortes del corazon humano. Ademas de médico, es decir, ademas de estar competentemente instruido en casi todos los ramos de las ciencias naturales, le son tambien necesarios algunos estudios morales para llenar cumplidamente sus importantes deberes. El lecho del dolor es una escuela práctica; y ¡cuántas veces el pobre enfermo necesita menos de los recursos del arte que de los consuelos de la expansion del espíritu! La benevolencia y el amor á la humanidad, si son dotes recomendables en cualquiera de los individuos de la gran familia de los hijos de Adan, en el médico son indispensables."

JURAMENTO.

Al que pretende el título de médico, la sociedad le exige, como condicion indispensable para autorizarlo, la promesa legal y solemne de que ha de ejercer su profesion con fidelidad y honradez, procurando en todo el bien de la humanidad. Y ¿sabéis lo que quieren decir estas palabras? Quien dice fidelidad, dice: escrupulosa observancia, puntualidad, asiduidad, celo, exactitud, constancia, firmeza, perseverancia, esmero y lealtad en hacer y cumplir lo que se promete: quien dice honradez, dice: probidad, integridad, modo de obrar intachable, proceder justo, vida irreprensible, propia de un hombre de honor: y quien dice que todo lo hará por bien de la humanidad, dice: que á esta sola promesa ha de ajustar su proceder, con exclusion de cualquiera otra mira ó fin, que no sea el que se prometió. Y como lo que voluntariamente se promete se debe de derecho, el médico que recibe el título, en cambio de esta

promesa, queda irremisiblemente ligado con doble obligacion á cumplir la ley natural con toda exactitud, porque ya antes de hacer la promesa tenia esta obligacion por razon de hombre; y si fuere cristiano su obligacion será triple, y sus faltas merecerán triple castigo, porque quebranta su obligacion natural y sus dos promesas.

Jamas olvide, pues, el médico que está obligado á ejercer una profesion científica y humanitaria con fidelidad y honradez, es decir, que debe saber, sin excusa ni pretexto, cuanto es necesario para ejercerla debidamente, y á ser siempre hombre de bien en toda la extension de la palabra. Hé aquí las dos obligaciones que encierra su promesa, la cual en el órden religioso vale exactamente lo mismo que un juramento, pues tampoco al que se bautiza, ni al que se casa le hacen materialmente que jure; sino que basta que prometa ante autoridad competente, para quedar obligado á cumplir la promesa con la religiosidad del juramento, y si falta es tenido por perjuro, y como tal se le trata y castiga. Y si alguno por maldad y con segunda intencion elude de algun modo la ley y no hace la promesa, ó la hace con deliberada intencion de no cumplirla, de nada le aprovecha su malicia y queda tan obligado á guardarla como el que jura lisa y llanamente, porque siendo, como es, esta promesa anexa por ley al oficio, si no la hizo debe hacerla, y si le puso restricciones no valen, porque la ley no se las pone. Así es que el médico que recibió el título está obligado á cumplir la promesa de la ley como un juramento, tanto en el fuero externo como en el interno. Las obligaciones del médico son iguales y simultáneas, no es una mayor que la otra, ni una es primero y otra despues; sino que todas deben cumplirse siempre y con igual exactitud, pues de nada le aprovecha cumplir una si quebranta la otra.

Nadie ha comprendido mejor los deberes del que se dedica al arte de curar, que el grande Hipócrates, nadie ha dado mejores preceptos de moral médica que él, y, sobre todo, nadie se le ha aventajado en cumplirlos con la mayor exactitud. Prescindiendo de los grandes adelantos que ha hecho la moral, yo estaré muy conforme en que mis discí-

pulos tomen por modelo é imiten(no hablo en el órden religioso) en todo á este Gran Padre de la Medicina Secular, y sigan exactamente los preceptos de moral médica que nos dictó hace veinte y tres siglos y nos enseñó á cumplir con su ejemplo. Pondré en este lugar el juramento de su escuela, que en sustancia no difiere del nuestro, y lo expondré de la mejor manera que pudiere: en él se contienen buenas reglas para ejercer dignamente la espinosa profesion médica.

JURAMENTO DE HIPOCRATES.

"Juro por Apolo médico, por Esculapio, Higía y Panacea, y por todos los Dioses y Diosas, á quienes pongo por testigos de que cumpliré, lisa y llanamente, con todas mis fuerzas é inteligencia el siguiente juramento y obligacion escrita: Tendré á mi maestro de medicina en el mismo lugar que á mis padres, partiré con él mis haberes y, si necesario fuere, yo proveeré á sus necesidades: á sus hijos los tendré como á mis hermanos, y si ellos quisieren aprender el arte de curar se los enseñaré sin paga de ningun género y sin obligacion escrita: instruiré con preceptos, con lecciones orales y con los demas medios de enseñanza á mis hijos, á los de mi maestro y á los demas discípulos, que se me unan por convenio y juramento, conforme está determinado en la ley médica, y á nadie mas. Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea mas provechoso, segun mis facultades y mi entender, absteniéndome de cometer todo mal y toda injusticia. A nadie daré veneno, y si alguno me propone semejante cosa, no tomaré en consideracion la iniciativa de una tal sugestion. Igualmente me abstendré de apliclar á las mugeres pesarios abortivos. Pasaré mi vida y ejerceré mi profesion con inocencia y pureza. No haré la operacion de la talla, sino que dejaré esta obra á los maestros que de ella se ocupan. En cualquiera casa que yo entre entraré para utilidad de los enfermos, absteniéndome de toda falta voluntaria y de toda accion injuriosa ó corruptora, y, sobre todo, de la seduccion de las mugeres y de los jóvenes, ya sean libres ya esclavos.

Cualquiera cosa que yo vea, oiga ó entienda en la sociedad, sea en el ejercicio de mi profesion ó fuera de él, y que sea conveniente que no se divulge, la guardaré en secreto con el mayor cuidado, considerando el ser discreto como un deber en semejantes casos. Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente de mi vida y de mi profesion, honrado siempre entre los hombres; y si lo quebranto y soy perjuro, que caiga sobre mi la suerte contraria."

EXPOSÍCION.

El sábio Littré hablando de este juramento dice: "La medicina es una de las profesiones mas difíciles que puede ejercer el hombre: responsabilidad grave, poder reducido, oscuridad en muchos casos, fugacidad de las ocasiones é imposibilidad de deshacer lo hecho. Ciertamente no se puede entretener el tiempo con la peligrosa serpiente de Epidauro. Unanse á esto los riesgos y penalidades, que llevan consigo el estudio y la práctica; el contínuo trato con el dolor y la muerte; la cultura científica que robustece y ensancha el espíritu, y los sentimientos de humanidad que presiden al ejercicio de una profesion escencialmente benéfica; y no se admirará que tan grave ministerio haya inspirado desde la mas remota antigüedad un escrito de carácter tan sublime como el juramento dicho de Hipócrates."

Tal es el justo y bello juicio que del juramento hipocrático ha hecho el mas sábio de los helenistas modernos. Ahora pasaré á exponer el juramento, clásula por cláusula.

"*Juro por Apolo Médico, por Esculapio, Higia y Panacea y por todos los Dioses y Diosas &.*" Los antiguos paganos no pudiendo comprender la unidad, omnipotencia é inmensidad de Dios, lo dividieron, divinisando separadamente cada uno de sus atributos, y resultó el politeismo, que es la pluralidad de Dioses. Esta era la creencia comun entre ellos, autorizada por las costumbres y por las leyes. Apolo era tenido por Dios de la Medicina é inventor de ella, es decir, que en él personificaron la virtud medicatriz de

la naturaleza. Esculapio y sus dos hijas, Higía y Panacea, fueron personas que ejercieron dignamente la profesion médica, sin pretender honores ni recompensas; sino solamente por hacer bien á la humanidad: accion heróica por la cual los divinizaron y les erigieron templos. Siempre se ha procurado eternizar la memoria de los hombres insignes; y nosotros tenemos por santos y veneramos á los héroes cristianos, dedicándoles templos, dándoles cierto culto. Así es que para los griegos, jurar por todos los Dioses y por Esculapio, Higía y Panacea, era lo mismo que es hoy para los cristianos jurar por Dios omnipotente y por los santos médicos. "*Tendré á mi maestro de medicina en el mismo lugar que á mis padres, y partiré con el mis haberes &.*" Segun Hipócrates, el primer deber del médico es ser agradecido. El que no tiene gratitud no debe ejercer una profesion tan noble y tan benéfica, porque el médico ha jurado ser hombre de bien y el ingrato no lo es. La ingratitud es un vicio eminentemente antisocial, hijo del egoismo, compañero de la malevolencia, detestable y aborrecible por cuantos aspectos se le considere. Razon le sobró á Publio Syro para decir, que al que se le dice ingrato se le dicen todas las maldiciones posibles; y razon sobradísima tuvo tambien Hipócrates para exigir de sus discípulos la promesa jurada de ser siempre agradecidos.

"*Instruiré con preceptos, con lecciones orales y con los demas medios de enseñanza á mis hijos, á los de mi maestro y á los demas discipulos, que se me unan por convenio y juramento, conforme está determinado en la ley médica, y á nadie mas.*" Aquí hace Hipócrates jurar al discípulo, que cuando llegue á ser maestro enseñará fielmente la ciencia á los que deben aprenderla y á nadie mas. La intencion del príncipe de los médicos fué hacer que la escuela de Coos fuera un plantel de verdaderos médicos, por lo que dispuso que allí no se admitieran mas que á los que tuvieran el talento suficiente para estudiar y la moralidad necesaria para ejercer. La educacion profesional no es como la primaria y secundaria, estas deben generalizarse cuanto mas sea posible, y aquella debe restringirse, enseñando solamente á los pue sean capaces de aprender y dignos, por su buena

conducta, de practicar. Por esto Hipócrates dictó la ley de su escuela, que literalmente traducida es como sigue:

"La medicina es la mas noble de todas las profesiones; y sin embargo, por la ignorancia de los que la ejercen y de los que de ella juzgan con ligereza, al presente ha venido á ser colocada en último término. Me parece que este juicio tan falso proviene principalmente de que la profesion médica, en las poblaciones, no está sugeta, á otra pena mas que á la falta de consideracion; mas la falta de consideracion no afecta en nada á los que de la medicina hacen su modo de vivir. Estas gentes son muy parecidas á los farsantes que se hacen aparecer en las tragedias, que tienen la apariencia, el hábito y la máscara de actores, sin ser actores; lo mismo sucede con los médicos, hay muchos que lo son tan solamente por el título y no por las obras."

"El que se dedica al estudio de la medicina, para adquirir conocimientos reales, necesita reunir las condiciones siguientes: disposicion natural, enseñanza, sitio á propósito, instruccion desde la niñez, amor al trabajo y mucha aplicacion. Sobre todo se necesita la disposicion natural, porque si ella falta todo es inútil; pero cuando ella se manifiesta bien, se comienza la enseñanza, que el discípulo debe apropiarse por la reflexion, principiando desde la infancia, colocado en un lugar á propósito para su instruccion. Es necesario tambien consagrar al trabajo un tiempo muy largo, á fin de que la enseñanza echando profundas raíses llegue á producir buenos y abudantes frutos."

"Tal es, en efecto, la cultura de las plantas, y así es la enseñanza de la medicina. Nuestra disposicion natural es el terreno, los preceptos de los maestros son la semilla, la instruccion, comenzada desde la niñez, viene á ser la sementera hecha en tiempo oportuno, el lugar en que se da la enseñanza es el aire ambiente, del que las plantas toman su nutrimiento, el estudio diligente es la mano de obra; en fin, el tiempo lo fortalece todo hasta la madurez."

"Tales son las condiciones que se necesita reunir para el estudio de la medicina. Conocimientos muy profundos deben adquirirse si se quiere, al recorrer las ciudades ejerciéndola, ganar, no la fama de médico por solo el nombre,

sino la de médico deveras. La impericia es un conjunto de cosas malas, es una mala propiedad, que el que la posee tiene que llevarla consigo de dia y de noche, no produce confianza ni satisfaccion, engendra timidez y temeridad. La timidez descubre la impotencia, la temeridad pone de manifiesto la ignorancia. Hay, en efecto, dos cosas; saber y creer que se sabe: saber es la ciencia; creer que se sabe es la ignorancia."

La disposicion natural que Hipócrates exige en esta ley; se encuentra en el siguiente pasage de sus obras, sacado por el sabio Bartelemy: "Nuestra vida es tan corta y nuestra ciencia exige un estudio tan largo, que es preciso emprenderlo desde la primera niñez. ¿Queréis formar un discípulo? Aseguraos lentamente de su vocacion. Si ha recibido de la naturaleza un discernimiento fino, un juicio sano, un carácter dulce, y al mismo tiempo firme, aficion al trabajo é inclinacion á las cosas buenas, podeis concebir esperanzas. Si padece cuando los demas padecen: si se enternece su alma compasiva al ver los males de la humanidad, podeis inferir que tomará pasion á un arte que enseña á socorrer á la humanidad." Tal es la disposicion natural que el padre de la medicina exigía que tuvieran sus discípulos. Al que la tenia y se obligaba á lo demas con escritura y juramento, le enseñaba la ciencia, y al que no, no, porque él queria, y tenia razon en quererlo, estar seguro de que los que iban á aprender su arte, eran capaces de aprenderlo y dignos de practicarlo.

"*A nadie daré veneno &c.*" Era comunísimo entre los antiguos el delito de envenenamiento, y llegó á haber en Atenas y en Roma envenenadores de profesion, como los ha habido en Italia en los tiempos modernos. Hipócrates quiso preservar su escuela de ese horroroso contagio, haciendo á sus discípulos jurar que jamas cometerian semejante abominacion, ni contribuirian de ningun modo á que se cometiera.

"*Me abstendré de poner á las mugeres pesarios abortivos.*" La vida licenciosa de aquellas sociedades corrompidas habia llegado al punto de introducir la criminal é inicua costumbre de procurar los abortos, y habia gentes que se de-

dicaban á ejercer esta profesion infame, sin ser mal vistas en la sociedad y sin ser perseguidas por la justicia. Hipócrates tuvo cuidado de no consentir que en su escuela se introdujera tan atroz maldad; y de libertar á sus discípulos de la infamia, haciéndoles jurar, que jamas cometerian esta falta tan justamente reprobada, que hoy nuestras leyes prohiben severamente y castigan con gravísimas penas. Pero esta prohibicion debe entenderse como la de dar heridas, subordinada á las reglas generales. No dañes: No hagas mal: Has todo el bien que pudieres. No nos es lícito amputar un brazo á un hombre sano, porque seria poner su vida en peligro y quitarle un miembro utilísimo; pero cuando el brazo se convierte en una causa de muerte, lícitamente se lo quitamos, para conservarle la vida: así tambien, cuando el feto se convierte en una causa de muerte, lícitamente provocamos su salida, para conservar los dias de la madre; porque de no hacerlo se seguiria la muerte de la madre y necesariamente la del hijo.

"*No haré la operacion de la talla. &c.*" En tiempo de Hipócrates no habia mas especialistas que los que hacian la operacion de la talla, y como no se ocupaban de otra cosa debian hacerla con mayor perfeccion que los demas, por esto quizo que sus discípulos no la hicieran; sino que remitieran los calculosos á los tallistas de profesion. Lo mismo hubiera dicho de los oculistas, de los comadrones, de los dentistas y demas, si los hubiera habido en su tiempo. Se vé claramente por este y otros pasages de sus obras, que su intencion fué que las operaciones las hiciera siempre el que mejor supiere hacerlas.

"*En cualquiera casa que yo entre, entraré para utilidad de los enfermos.*" Todos los deberes del médico están comprendidos en este precepto; y para cumplirlo necesita: mucho saber, buena moral, paciencia y valor. Sin el saber no es médico; las mejores intenciones son estériles unidas á la ignorancia. Con el saber y sin la buena moral hará muy pocos bienes y muchos males; los males disminuirán el mérito de los bienes, sin que los bienes disminuyan la malicia de los males. Con el saber y la buena moral, pero sin la paciencia, inutilizará sus obras, porque si no sufre con calma

al enfermo y á los que lo rodean no llegará ni al conocimiento de la enfermedad, ni á la conveniente aplicacion del remedio, ni á ganar la confianza de nadie. Con el saber, la buena moral y la paciencia, pero sin el valor, nada podrá hacer porque el miedo le atará las manos y no le dejará obrar. Le conviene, pues, huir tanto del miedo como de la temeridad y tener el verdadero valor médico, que es, aquel que se necesita para poder arriesgar, cuando sea necesario, no solamente su salud y su vida; sino aun su misma reputacion. Cuando conoce que no le queda mas de un solo medio que puede salvar la vida de su enfermo, pero que este medio es peligroso, y si no sale bien le echarán la culpa de la desgracia; no debe por conservar su honor dejar morir á su enfermo, sin tentar el único medio que tal vez le puede conservar la vida. Si lo empleó, salió mal y le tachan de asesino, se consolará con la conviccion de que obró conforme á los preceptos de la ciencia y de la razon.

"*Absteniéndose de toda falta voluntaria y de toda accion injuriosa ó corruptora; y sobre todo de la seduccion de las mugeres y de los jóvenes, ya sean libres, ya esclavos.*" Asombra, ciertamente, que en un pueblo tan sensual y corrompido como el griego, en donde Venus y Priapo, divinidades inmundas, tenian culto público y autorizado, en donde los esclavos eran considerados como animales domésticos, hubiera un hombre tan cabal como el grande Hipócrates, que á fuerza de estudiar, pensar y discurrir lograra elevarse á tanta altura en la filosofía moral, que tuviera tanto amor á la justicia y á la humanidad y tanta firmeza para oponerse al torrente de las ideas de sus contemporáneos, hasta exigir tanta pureza de costumbres en sus discípulos, y enseñar á tratar con justa igualdad á todos los hombres, fueran libres ó esclavos. Privilegio es, sin duda, del estudio de la naturaleza formar hombres tan sábios y tan buenos como Hipocrátes. Por eso no hay ninguna ciencia que pueda disputar á la medicina la primacía en la buena moral: no hay absurdo que no hayan canonizado los teólogos paganos: los jurisconsultos, siendo la justicia su estudio especial, sostenian que era legítimo el derecho de vida y de muerte que tenia el señor sobre el esclavo: los legisladores mas famo-

sos, aunque tomaban por base la moral, no fueron en su aplicacion tan felices: Dracon puso pena de muerte á todos los delitos, porque decia, que el mas pequeño la merece, y para el mas grande no habia pena mayor que aplicarle: Licurgo condenó á muerte á los niños que nacieran débiles ó defectuosos; mandó que el viejo casado con muger jóven, si no tenia hijos, buscara un jóven bien parecido é inteligente, lo juntara con su muger y tuviera por legítimos los hijos que de esta union nacieran; y permitió al célibe tomar prestada la muger de su amigo para perpetuar su nombre: Solon, el mas benigno de todos, permitió al padre matar al hijo monstruoso, haciendo constar esta circunstancia con testigos; y autorizó al padre para vender á la hija, y al hermano para vender á la hermana, si habian sido testigos de su deshonra. Cuanto mejor hubiera sido que los hubiera autorizado para corregirla y enmendarla. "*Cualquiera cosa que yo vea oiga ó entienda en la sociedad, sea en el ejercicio de mi profesion ó fuera de él, y que sea conveniente que no se divulgue, la guardaré en secreto con el mayor cuidado, considerando el ser discreto como un deber en semejantes casos.*" Hé aquí resuelta en una sencilla frase la gravísima cuestion del secreto médico. *Lo que no convenga que se divulgue lo callaré.* La razon de esto es muy óbvia; el médico para ser hombre de bien, necesita no hacer mal á nadie en ninguna manera, si de relevar un secreto puede seguirse un mal á alguna persona, no debe revelarlo; si ya se ha divulgado algo, no debe el médico divulgarlo mas, porque agravar un perjuicio es tambien hacer mal. Solamente en el caso que el médico sea llamado por el Juez, para declarar como perito sobre la naturaleza y condiciones de una enfermedad, de un embarazo, de heridas, envenenamientos y demas cosas que sepa como médico, debe contestar la verdad lisa y llanamente á las preguntas que se le hagan: porque á ésto está obligado por la ley, porque en ésto está interesada la recta administracion de justicia; y porque á ésto está obligado para satisfacer á la vindicta pública. Esta es la única excepcion justificada que le encuentro á la obligacion del secreto médico: fuera de este caso, debe guardarse fielmente: ni la injusticia, ni la ingratitud de los hombres son

bastantes para disculpar una indiscrecion del médico.

En Hipócrates se cumplió al pié de la letra lo que él pidió en su juramento: cumplió fielmente su promesa, gozó de una larga vida, ejerció felizmente su profecion hasta sus últimos dias, fué honrado entre los hombres mientras vivió, lo ha sido en los veintitres siglos que han trascurrido entre él y nosotros; y lo será en el mundo mientras haya médicos. En la Escuela de Medicina de Montpellier, en Francia, honran singularmente á Hipócrates, y el juramento que allí usan es muy parecido al de la Escuela Hipocrática. Tengo á la vista tres Tesis de Doctores montpelienses, las cuales terminan con el siguiente: "Juramento. En presencia de los Maestros de esta Escuela, de mis caros condiscípulos y delante de la efijie de Hipócrates, prometo y juro, en el nombre del Ser Supremo, ser fiel á las leyes del honor y de la providad en el ejercicio de la Medicina. Daré cuidados gratuitos al indigente y no exigiré jamás un salario superior á lo que valga mi trabajo. Admitido en lo interior de las casas mis ojos no verán lo que allí pasa, mi lengua callará los secretos que me sean confiados, y mi estado no servirá para corromper las costumbres, ni para favorecer el crímen. Respetuoso y reconocido hácia mis Maestros, yo volveré á sus hijos la instruccion que he recibido de sus padres. !Que los hombres me acuerden su estimacion si soy fiel á mis promesas! ¡Que yo sea cubierto con el oprobio y con el menosprecio de mis comprofesores si falto!"

MODO DE PORTARSE DEL MEDICO.

No contento el venerable anciano de Coos con haber elevado la medicina á la categoría de ciencia, señalándole sus verdaderas relaciones con la filosofía, haber fundado su doctrina sobre las eternas bases del raciocinio y la experiencia, haberla puesto en el verdadero camino del progreso, que es la observacion filosóficamente razonada, y haber elevado la escuela de Coos hasta el punto de hacerla producir verdaderos médicos filósofos; aun quiso trabajar cuanto le fuera posible en bien de las futuras generaciones.

Por eso nos dejó sus obras tan llenas de observaciones científicas, de doctrinas médicas y de reglas del arte de curar; como de preceptos morales de la mayor importancia. En ellos abundan todos sus escritos, pero principalmente los contienen tres de sus libros, que son: el de "El médico," el de "El Decoro" y el de "Los Preceptos." De ellos tomaremos, como de un rico tesoro, las reglas mas seguras para el buen comportamiento del médico.

En primer lugar quiere Hipócrates, que el médico esté sano, de buen color y robusto, cuanto á su naturaleza corresponda. En esto quiere decir, que el que ejerce el arte de curar debe, en cuanto le fuere posible, cuidar de su salud, y no cometer excesos que la alteren, ni exponerse sin necesidad á contraer una enfermedad; porque si lo hace es culpable, no solamente del daño que se hace á sí mismo, sino tambien del daño que hace, inutilizándose para el trabajo, á aquellos á quienes está destinado y obligado á servir. Ademas quiere que el médico use en su persona y todas sus cosas de una esmerada limpieza, porque la suciedad desagrada á todos y es causa de enfermedades, y que si usa de aromas, sean de aquellos que nada tienen de sospechosos.

"En cuanto á la moral, dice: el médico no solamente se-"rá discreto, sino que observará una grande regularidad en "su vida; esto le hará el mayor bien á su reputacion; sus "costumbres serán honradas é irreprensibles; con todos se-"rá grave y humano, porque el mucho hablar, alabarse á "sí mismo y andarse ofreciendo excita siempre el menos-"precio, aunque alguna vez pueda ser de alguna utilidad. "En cuanto al exterior, él tendrá una fisonomía reflexiva "sin austeridad, para no parecer arrogante y duro; que no "se dé mucho á reir, ni se entregue á grandes arrebatos de "alegría, porque no lo tachen de ligero. Conviene que de "todo esto se preserve con cuidado. La justicia presidirá "siempre á todas sus relaciones; porque es de todo punto "necesario que la justicia intervenga siempre. No son pe-"queñas las relaciones del médico con los enfermos; los en-"fermos se someten enteramente al médico, y éste está á "todas horas en contacto con las mugeres, con las mucha-

"chas y con objetos preciosos. Es necesario, respecto de "todas estas cosas, guardar siempre sus manos muy puras."

Tan claros como tan justos son estos mandatos del Padre de la medicina, por lo que no necesitan comentario. Con ellos comienza su libro del Médico, porque, como el mismo dice: "Tal debe ser el médico en alma y cuerpo."

Del libro de los Preceptos tomaremos los párrafos siguientes:

"Si comenzais por ocuparos de vuestros honorarios, (es- "to no es sin interes para el resultado final,) suscitareis en "el enfermo el pensamiento de que, si no se hace el contra- "to, lo abandonais desde luego, y ni aun siquiera prescribi- "reis algo para el momento presente. No os ocupeis, pues, "en fijar primero el salario, porque nosotros pensamos, que "el disgusto é inquietud del ánimo, que esto produce en el "paciente, le son dañosos, sobre todo en las enfermedades "agudas. Ademas, si la urgencia del mal no da lugar á que "pronto se concluya el ajuste, excita en el médico, no la idea "de hacer lo que sea mas util; sino la de inclinarse á lo "que le sea mas glorioso. Vale mas reprender á los que "están en salvo, que desollar á los que están en peligro."

"Algunos enfermos cambian de médico y prefieren al "extrangero y desconocido. Dignos son, sin duda, de ser "abandonados; pero no castigados: así es que, si fuere po- "sible y conveniente, os opondreis con buenas razones á "los que pretendan hacer un mal cambio."

"En cuanto al salario, ante todas cosas se pensará en "que se va en busca de la instruccion. Yo os recomiendo "que no seais muy exigentes en materia de cobros, y que "tengais gran cuenta con la fortuna y recursos de cada cual. "Muchas veces dareis cuidados gratuitos por el recuerdo "de alguna cosa pasada, por una obligacion, ó por motivo "actual de reputacion. Si hay modo de socorrer á un hom- "bre extrangero y pobre, es el caso de hacerlo, porque "donde está el amor de los hombres está tambien el amor "del arte. Algunos enfermos conociendo que su mal no "carece de peligro, se fian en la humanidad del médico "hasta el recobro de su salud. Siempre es bueno atender "y dirigir la enfermedad para restablecer la salud, la salud

"para conservarla; y todo para merecer el agradecimiento."
"Bueno es que, cuando un médico se encuentra embara-
"zado á la cabecera de un enfermo, y no puede ver bien cla-
"ro á causa de su inexperiencia, reclame la venida de otros
"médicos, para consultar sobre el caso presente, y que se
"asocien con él para mejor hallar el socorro. En una en-
"fermedad que se prolonga, el mal se agrava, y á veces el
"mismo apuro hace que muchas cosas se escapen. Con-
"viene en semejante caso, tener confianza en los otros, pues
"yo no asentaré como principio que el arte ha llegado á la
"perfeccion. Necesario es que los médicos que ven en
"consulta á un enfermo, no se insulten ni se ridiculizen
"mútuamente, porque yo les aseguro con juramento que
"nunca el razonamiento de un médico deberia envidiar el
"de otro. Esto solo le serviria de poner al descubierto su
"pequeñez. Los que se dejan llevar de esto, son como los
"menestrales que se juntan en la plaza pública. No es
"inútil recurrir á las consultas; porque: ¿Cuál es la abun-
"dancia en que no se encuentre pobreza?"

REFLEXIONES.

Aunque son tan claros los preceptos del Padre de la medicina, que no necesitan comentarios; sin embargo, sobre algunos de ellos, añadiremos aquí algunas reflexiones, que sirvan para facilitar su aplicacion.

"No os ocupeis, dice, en fijar primero el salario." Y en efecto, ¿que contrató habrá mas desatinado, que el que hace un médico, comprometiéndose á curar una enfermedad por determinado precio? Olvida enteramente que su arte no le dá mas que luces para formar conjeturas mas ó menos probables, tener temores mas ó menos fundados, y abrigar esperanzas mas ó menos halagüeñas: que rara vez puede tener seguridad de que un enfermo morirá; y casi nunca puede tener certidumbre de que una enfermedad terminará por la salud, porque nó está en su mano preveer todos los accidentes que pueden sobrevenir, ¿como podrá saber, á ciencia cierta, el tiempo que durará una enfermedad, y si le costará poco ó mucho trabajo el combatirla? Si pide mas de lo que debe ser la justa retribucion de su tra-

bajo, roba; si pide menos de lo que vale, pierde. En su derecho está perder cuando quiera, porque el hombre es libre para dar su trabajo sin recompensa; pero no tiene derecho para robar, ni debe exponerse á cometer un robo; y robo de muy mala condicion, porque el médico puede calcular las diversas circunstancias de la enfermedad, y la otra parte contratante todo lo ignora: el enfermo está compelido por la necesidad, y el médico no: las ventajas están todas por parte del médico; él puede engañar á mansalva á su cliente; y aun cuando no lo engañe, dá ocasion á que lo juzguen mal, dudando de su probidad; cosa que basta para empañar su reputacion. Así, pues, téngase por cierto que estos contratos son intrínsecamente malos; y como tales reprobados por la razon y la justicia.

"Algunos cambian de médico prefiriendo al extrangero y desconocido. Dignos son de ser abandonados, pero no castigados." Cuando las gentes por amantes de novedades quieren cambiar de médico, por caridad debe advertírseles el riesgo que corren, si para ésto hay buenas razones y modo de hacerlo. Cuando el enfermo quiere que otro lo cure, prefiriendo al mejor y mas práctico, entonces, como no hay buenas razones para oponerse, se le debe aprobar el cambio que pretende hacer.

"En cuanto al salario, piénsese que se vá en busca de la instruccion." En efecto, el enfermo vá á servir al médico para estudiar en él, para adiestrarse en la práctica, y para verificar sus teorías: esto es ya una especie de retribucion. "Otras veces se asistirá un enfermo por motivo actual de reputacion." Esto es tambien una especie de paga. "No seais muy exigentes en materia de cobros." La exigencia en el cobrar descubre desde luego la avaricia, ó á lo menos hace sospechoso de ella al exigente. El médico ha jurado ejercer su profesion en bien de la humanidad. ¿Y si ahuyenta de sí á los pobres y á los de pocos medios cumple su promesa? No, porque sirve á muy pocos, y no por bien de la humanidad; sino por interes del dinero. "Tened en consideracion la fortuna y recursos de cada cual." Antes ha dicho tambien Hipócrates: "La justicia presidirá á todas las relaciones del médico." Si combinamos estos dos

preceptos resulta: que al rico se le ha de cobrar lo que sea absolutamente justo, á los de poca fortuna algo ménos, y á los pobres nada. Algunos hay que á los ricos les cobran mucho mas de lo que vale su trabajo en realidad, y dicen que lo hacen porque conviene que los ricos paguen por los pobres. Hacer esto es un verdadero robo; y decirlo es una mal urdida disculpa con que cubrir en vano intentan una rapiña manifiesta. ¿Qué obligacion tiene uno por rico que sea, de pagar el servicio que se haga á otro sin su conocimiento y sin su voluntad? ¿Qué autoridad tiene el médico para mandar que un hombre pague lo que no debe? Otros dicen que ya que los ricos niegan los auxilios directos á los pobres, es bueno por un modo indirecto hacerlos cumplir con el deber de caridad. No es el médico juez competente para enmendar este yerro. ¿Quién lo ha constituido juez entre pobres y ricos? Procure él ser hombre de bien, que así lo ha jurado, deje á los demas que obren como les parezca; y tenga por cierto, que siempre que cobre mas de lo justo, sea á quien fuere, roba, y queda con la obligacion de restituir lo que robó. La ley deja á todos los ciudadanos la facultad de poner precio á su trabajo; pero la razon y la justicia exigen que este precio no sea inmoderado, y que estrictamente se ajuste á lo que en realidad sea justa retribucion del trabajo y nada mas. Por eso la razon pública acusa de ladrones á los que cobran mas de lo que su trabajo vale. ¿Y si todo hombre tiene obligacion de ser honrado por bien suyo y de la sociedad en que vive, ¿qué dirémos del médico que ha jurado portarse con honradez? ¿Quién lo honrará si lleva sobre sí las denigrantes notas de codicioso, avaro é injusto?

Muy difícil es, á la verdad, valorizar con precision los servicios profesionales del médico; pero ésta dificultad no autoriza para cobrar un exceso porque esto siempre es robar. Si sobre este punto me pidierais consejo, yo os diria: Ya que os gloriais de tener por Príncipe á Hipócrates, haced lo que él hacía. Auxiliaba á cuantos imploraban su socorro, á nadie cobraba; y se contentaba con recibir lo que le daban los que querian darle. Es cierto que de este modo el trabajo es mucho y la recompensa pequeña; pero en

cambio de este sacrificio resulta el inestimable bien de tener la plena y absoluta seguridad de no haber robado, y de no haber dado motivo para ser tachado de ambicioso é injusto.

La costumbre es, entre nosotros, que se pague un peso por visita, y á falta de otro modo de valorizar el trabajo médico, debe estarse á la costumbre. Mas esto no autoriza para multiplicar las visitas á fin de cobrar mas; de modo que es preciso no hacer mas visitas que las que en rigor sean necesarias. Algunas veces es indispensable visitar con mucha frecuencia un enfermo, y entónces pueden juzgar mal del médico, creyendo que lo hace por codicia, y esto no deja de perjudicar á su reputacion: esta es otra razon para adoptar el método hipocrático, de conformarse con lo que quieran darle y nada mas, porque así queda el profesor en libertad para ver al enfermo cuantas veces juzgue conveniente, sin temor de que lo noten de codicioso. Médicos hay que aumentan el valor de sus visitas, cobrándolas por dos, tres, cuatro ó mas pesos cada una, no porque el trabajo haya sido muy grande; sino porque creen que merecen mayor recompensa porque saben mas que los otros y son mas diestros: Estos incurren irremisiblemente en la nota de presuntuosos é ignorantes, porque no son ellos los que deben calificarse y nos dijo Hipócrates, que saber es la ciencia, y creer que se sabe es la ignorancia.

Recomienda mucho el Padre de la medicina el ejercicio de la caridad con los pobres, los extrangeros y con todos sin excepcion. Respecto de este punto hay que considerar que á mas del deber ordinario que todos tenemos de auxiliar á los pobres, al médico le obliga tambien por otra razon. Debe, por razon de su oficio, saber lo mas que pueda, y para saber mucho necesita practicar mucho: luego si se le presenta la ocasion de practicar y no practica, falta porque pudiendo aprender no aprende. Por sabio y por viejo que sea el médico jamás podrá decir: ya sé todo cuanto hay que saber.

En cuanto á las consultas, quiere Hipócrates, que se tengan cuando el médico no vé claro y para encontrar el socorro, es decir, para ilustrar el diagnóstico y determinar

cual debe ser el método curativo; y en efecto no pueden tener otro objeto. En ellas quiere que los médicos se ocupen de su negocio, sin gastar el tiempo en riñas, injurias é invectivas; y les jura que nunca tendrán razon para ser envidiosos. Dos vicios procura, con esto, desterrar del corazon del médico; la soberbia, que lo hace creerse superior á los demas, y la envidia, que lo consume de pesar por el poco ó mucho mérito de sus compañeros. Y, en efecto, ¿qué motivo, ni de soberbia, ni de envidia puede tener el médico, cuando la misma naturaleza de su arte lo pone en la necesidad de aprender, no solo de sus compañeros y de los demas hombres; sino aun de los animales? ¿Cuántas veces sucede que un ignorante sabe lo que ignoraba un sabio? Así es que, como remedio contra la soberbia y la envidia, tengamos la sentencia del venerable anciano de Coos, que en medio de la mayor abundancia se encuentra pobreza.

EL MÉDICO FILÓSOFO DE HIPÓCRATES.

En el libro del Decoro nos pinta el Padre de la medicina al médico filósofo tal cual él se lo imaginaba, para proponerlo por modelo: "Es necesario, dice, trasportar la "medicina á la filosofía y la filosofía á la medicina. El mé- "dico filósofo es igual á los Dioses. No hay diferencia en- "tre la filosofía y la medicina; todo lo que hay en la prime- "ra se encuentra en la segunda: desinteres, reserva, pudor, "modestia en el vestir, dignidad, juicio, tranquilidad, fir- "meza en todas ocasiones, limpieza, manera sentenciosa, "conocimiento de todo cuanto es útil y necesario en la vi- "da, rechazamiento de la impureza, alejamiento de la su "perstición, reconocimiento de la superioridad divina, el "empleo de todas las fuerzas contra la intemperancia, la "bajeza, la codicia, la concupicencia, la rapiña y el im- "pudor."

"La nocion de Dios se enlaza naturalmente en el espíri- "tu. La medicina está llena de reverencia por los Dioses, "á causa de la gran muchedumbre de enfermedades y de "síntomas. Delante de la Divinidad los médicos se incli-

"nan, porque saben que su arte sin ella no tiene poder. "De allá viene la fuerza de la medicina. Muchas enferme- "dades sanan á veces espontáneamente, y entónces esto se "atribuye á un poder superior; aunque los cambios que so- "brevienen en el cuerpo, por causa del tratamiento, son la "manifestacion del órden natural de las cosas, que es la ba- "se sobre que la medicina reposa." Tal es el médico filósofo, en el que, segun la expresion del sabio Barthelemy, Hipócrates sin echarlo de ver se pintó á sí mismo. Y, en efecto, no se limitó á dictar los preceptos de la moral médica; sino que durante su larga vida los practicó todos con la mayor escrupulosidad y constancia, para que nadie pudiera decirle: Pides imposibles. Pasó su vida y ejerció su profesion con inocencia y pureza, jamas se distrajo en otra ocupacion agena de su arte; estudió, practicó, aprendió y enseñó cuanto pudo. Siempre bueno, siempre justo, hablaba poco, trabajaba mucho, á nadie se ofrecia, á nadie se negaba, socorria á todos sin distincion de personas, á nadie cobraba por curar; y se contentaba con lo que la generosidad ó el agradecimiento le ofrecian, y con las pensiones que sus discípulos pagaban por su enseñanza, que eran muy módicas y estipuladas por contrato. No tuvo grandes riquezas; pero nada le faltó de lo necesario para la vida, y fué igualmente honrado en vida y en muerte. La imaginacion fogosa de los griegos y el agradecimiento hicieron célebre su sepulcro; recogian con cuidado la miel de los panales que se hallan cerca del sarcófago del gran médico, creyendo que tenia virtud divina para curar las aftas de los niños.

Los escritos del Príncipe de los médicos tienen una sencillez y una elegancia encantadoras, y un carácter de verdad admirable; jamas busca disculpas para nada, refiere los hechos lisa y llanamente tales como pasaron, para que todos puedan juzgar de ellos. A própósito de eso, dice Barthelemy: "Este grande hombre se ha pintado en sus es- "critos. No hay cosa mas tierna que aquel candor con que "cuenta sus desgracias y sus yerros. En una parte leereis "la lista de los enfermos á quienes habia asistido en una epidemia, y cuya mayor parte habian muerto en sus brazos.

"En otra le vereis al lado de un tesaliense, herido en la "cabeza con una piedra. Al principio no se le ocurrió que "era necesario recurrir al medio del trépano. Los síntomas "funestos le advirtieron su error. Se hizo la operacion á "los quince dias, y el enfermo murió al siguiente. El mis"mo nos confiesa estos yerros, y él es el que, superior á "toda especie de amor propio, quiso que sus mismos erro"res sirviesen de leccion."

El estilo hipocrático es el único que conviene á los escritos médicos. En esto convienen todos los retóricos, porque reune la sencillez á la elegancia, la claridad á la concision y la precision á la verdad, sin adornos, sin superfluidades y sin términos pendatezcos. Leyendo estos preciosos escritos, parece escucharse la voz del Divino Viejo que dice: ó médicos, escribid siempre de modo que os entiendan y no se fastidien de leeros: no digáis nunca ni mas ni menos de lo necesario; y no escribais mentiras jamas.

Hay ciertos hechos en la vida de Hipócrates, que lo caracterizan perfectamente, que lo retratan, nos lo ponen de manifiesto, y en los cuales nos ha dejado lecciones prácticas de patriotismo, valor médico y desinteres. Fué una vez Hipócrates á curar á Perdicas Rey de Macedonia: lo curó tan bien y con tanto acierto, que el Rey agradecido y al mismo tiempo interesado en adquirir para su corte un hombre tan eminente, trató de retenerlo ofreciéndole honores, comodidades y tesoros; mas el príncipe de los médicos, renunciándolo todo, prefirió volverse á la Grecia tan pobre como habia ido, por seguir su costumbre de enseñar y curar los pobres de su patria. Otra vez aconteció, que invadidas por la peste las provincias de la Asia Menor, pertenecientes á la Persia, y sabedor el Rey Artagerges, de la gran reputacion del médico de Coos, escribió á los Sátrapas de la Asia Menor diciéndoles, que ofrecieran á Hipócrates honores, recompensas y cuanto él quisiera, por ir á establecerse en su corte. Hastyanes, sátrapa del Helesponto, vino á Coos, en cumplimiento del mandato regio, y puso en manos de Hipócrates las cartas del Gran Rey, ofreciéndole cuanto quisiera y pudiera desear. Mas conociendo el Padre de la Medicina, por la direccion y condiciones de ciertos vientos

reinantes, que la peste no tardaría en invadir la Grecia, no quiso dejar su patria amenazada de una calamidad tan tremenda, y contestó al enviado del Rey de los persas con estas terminantes palabras: "*Aquí tengo que comer, que vestir, una casa y una cama, nada mas necesito; y no iré á servir á los enemigos de mi patria y de la libertad.*" Invadió, en efecto, la peste á la Grecia, y entónces mandó Hipócrates, con los remedios é instrucciones convenientes, á sus dos hijos Tesalo y Dracon, á su yerno Polybio, á su discípulo Deuxipo y á otros, á los lugares en que el mal se hacia sentir con mas fuerza, y él se fijó en Atenas, que era la mayor de las ciudades y la mas afligida por la peste. Las disposiciones y trabajos de este hombre sin igual fueron tan útiles y brillantes en esta vez, que el pueblo, reunido en asamblea general, á propuesta del Senado, expidió el siguiente decreto:

"En atencion á que Hipócrates de Coos, médico, descendiente de Esculapio, desplegó el mayor celo por la conservacion de los griegos, cuando los bárbaros introdujeron la peste, y que enviando sus discípulos donde el mal se hacía sentir mas, hizo conocer los medios que preservaban ó curaban, que publicó todo lo que había escrito sobre medicina, queriendo que otros médicos estuviesen en estado de conservar ó volver la salud, de que el Rey de Persia le ofreció grandes honores y ricos presentes y que los rehusó, porque este rey es enemigo de los griegos. El pueblo de Atenas, queriendo mostrar cuanto aprecia todo lo que es provechoso á la Grecia, y dár á Hipócrates una recompensa digna de sus servicios, decreta: que Hipócrates sea iniciado en los grandes misterios, como lo fué Hércules hijo de Júpiter; recibirá una corona de oro: y los heraldos proclamarán este don en las grandes panateneas. Los niños nacidos en Coos podrán educarse en el gimnasio de Atenas, como los hijos de los atenienses, en agradecimiento á un país que ha producido semejante hombre. Se concede el derecho de ciudadanía á Hipócrates, quien será sostenido toda su vida por el Pritanéo."

De estos brillantes rasgos de la vida del Padre de la Medicina se desprenden naturalmente tres preceptos, que com-

pletan el cuadro de las obligaciones del médico: 1º Que debe ser tan filántropo como patriota y que, en igualdad de circunstancias, preferirá los propios á los extraños: 2º que jamas debe anteponer el amor de las riquezas al amor de la ciencia y de la humanidad: y 3º que debe tener el valor necesario para arriesgar su salud y su vida en bien de la humanidad y en cumplimiento de su deber, del mismo modo que el soldado pone en peligro su vida para cumplir con su oficio. Tomen en buena hora el médico y el soldado cuantas precauciones les aconsejen la experiencia y la razon menos la de huir.

PRIMER AFORISMO DE HIPÓCRATES.

"La vida es breve, el arte es largo, la ocasion fugitiva, la experiencia engañosa, el juicio difícil. Necesario es á uno mismo no solamente hacer lo que conviene, sino tambien hacer que coadyuven el enfermo, los que lo asisten y todas las cosas exteriores."

El estilo sentencioso, que tanto recomienda Hipócrates, se encuentra bien manifiesto en este aforismo, donde se admiran bien unidos lo breve de la sentencia, lo profundo del pensamiento y lo justo y bien detallado del precepto. Las consecuencias que de este aforismo se derivan son clarísimas: *La vida es breve;* luego debemos aprovecharla sin perder un momento, porque el que desperdicia el tiempo falta á su deber: El *arte es largo;* luego es necesario trabajar muchísimo en poco tiempo para alcanzar á saber lo mas que se pueda: *La ocasion es fugitiva, la experiencia engañosa, el juicio difícil*; luego necesitamos pensar mucho antes de hacer algo, y proceder siempre con suma vigilancia, con sumo cuidado y con suma prudencia: nos aprovechamos de estas sabias advertencias, y conforme á ellas hacemos cuanto nos es posible hacer en bien de un enfermo, y todo esto no nos basta si no nos ayudan el mismo enfermo y los que lo asisten; luego debemos convertirnos en Apóstoles de la ciencia, enseñando al paciente y á los que lo asisten á cumplir sus respectivos deberes, so pena, si no lo hacemos así, de no conseguir el fin que el arte se propone, que es la salud ó el alivio del que sufre.

Así, pues, conviene que el médico procure, por cuantos caminos pueda, inculcar en el ánimo de las gentes las reglas siguientes:

Primera: cuando llamen á un médico, que sea aquel de quien tengan una confianza completa y se entreguen enteramente en sus manos, contestándole á cuanto les pregunte con entera franqueza y con la pura verdad, y haciendo con toda exactitud cuanto les mande y nada mas, pues solamente de este modo puede esperarse un buen resultado. En el mismo instante en que pierdan la confianza que tenian en su médico despídanlo y llamen á otro que se las merezca para poder entregarse por entero á sus órdenes sin restriccion alguna. Si de ningun médico tienen esta absoluta confianza no llamen á ninguno, pues no hay mayor desatino que llamar á un médico para tenerle miedo y no hacer lo que ordena. Mas vale abandonar á la naturaleza sola el cuidado del enfermo que tratarlo de la manera irracional y bárbara que suelen hacerlo cuando desatienden el cumplimiento de esta regla. Unas veces sucede que engañan al médico y lo obligan á errar con gravísimo perjuicio del enfermo, otras acontece que temiendo la accion de los remedios disminuyen las dósis, dando al enfermo menos de lo ordenado, ya le aplican remedios caseros, ó los que discurre la cocinera, la vecina ó la comadre, ocultando al médico estas cosas, ya temiendo que el paciente se muera de hambre no lo sujetan á la dieta que se le ordenó y le dán á comer cosas que no convienen. Procediendo de esta manera tan absurda pueden tener completa seguridad de echarlo á perder todo. Si algunos creen que saben mas que el médico, que no lo llamen. Mas les valdrá pasarse sin él que llamarlo para cometer mayor número de absurdos.

Segunda: Cuando un médico está asistiendo á un enfermo no llamen á otro para que lo cure sin despedir al primero; ni menos hagan lo que suelen hacer, que llaman á un médico, y luego que receta llaman á otro para que califique la receta. Estas cosas, sin aprovecharles nada, ponen de manifiesto que no saben tratar á las gentes en sociedad, es decir, que no tienen buena educacion. El médico no debe pretender que lo traten con extremada finura ni con

exagerada atencion; pero si debe exigir que lo traten como á hombre con franqueza y sin correrle inmerecidos desaires.

Tercera. Cuando quieran que dos ó mas médicos reunidos en consulta permanente asistan á un enfermo, lo cual desde luego descubre que de ninguno de ellos tienen entera confianza, llamen á aquellos que les conste que son igualmente desinteresados, justos y prudentes, cosas bien difíciles de encontrarse reunidas; con uno que haya sin estas cualidades hay para que todo se desacuerde con perjuicio del paciente Bien sabido es cuanta dificultad hay en hacer que dos cabezas piensen de un mismo modo y que dos voluntades obren de acuerdo; y bien sabido es tambien cuanto pueden las pasiones descarriar el buen sentido de los hombres. Mas vale que uno solo dirija la curacion y que cuando necesite consejo lo pida á quienes él crea que se lo pueden dar.

Cuarta: No conviene mudar de médico con frecuencia. A veces suscede que llaman á un médico, y si con los primeros remedios no se alivia el enfermo, llaman á otro para despedirlo á pocos dias y llamar un tercero. Esto prueba que de ninguno tienen la confianza necésaria; y en tal caso, ya he dicho, que es mejor no llamar á ninguno. Es mucho mejor que la naturaleza pelee sola contra la enfermedad, que no que tenga que hacerlo contra la enfermedad y contra métodos variados y las mas veces contrapuestos. Cuando sana un enfermo, que se asistió de este modo, es señal de que tuvo fuerzas bastantes para resistir á sus males y á sus médicos. Cuando quieran saber las opiniones de muchos llámenlos, que examinen al enfermo, que discutan, que manifiesten sus opiniones; y despues escojan al que mejor les pareciere y despidan á los demas.

Quinta: Sucede con freccuenia entre los católicos, que aunque la Iglecia les manda que se confiesen cuando *esperen haber peligro de muerte*, ellos descuidan completamente el cumplimiento de este precepto: esperan el peligro y no se confiesan, están en el peligro y tampoco lo hacen; y cuando es, no ya peligro sino certidumbre de muerte, los asistentes quieren que el médico se encargue de anunciar al paciente su último fin para que se confiese.

Esto es muy mal hecho, y el médico, como veremos despues, no debe encargarse de semejante comision. Si el enfermo es católico, pórtese como tal, y si espera que puede haber peligro arregle sus negocios y su conciencia sin esperar para hacerlo á que llegue el peligro, y menos debe dar lugar para disponerse á que la muerte se le aproxime. Cuando solamente se teme el peligro, la integridad de la razon es completa y todo se puede hacer bien hecho, cuando un hombre está en peligro su imaginacion se exalta, su razon se ofuzca y todo lo hará con precipitacion y con poco acuerdo; y cuando ya tiene la muerte vecina, sus facultades mentales están perturbadas y casi abolidas; y en tal estado no hay capacidad para hacer cosas de provecho. Pero hay algunos enfermos tan nécios y cabezudos que se obstinan en no confesarse hasta que el médico se los mande; á estos táles se les puede decir que debieron hacerlo mucho tiempo antes, que en no haberlo hecho han faltado al precepto de la Iglesia, y que lo hagan cuando quieran sin esperar á que nadie se los mande.

RESUMEN DE LA MORAL HIPOCRÁTICA.

Cuando Hipócrates dice que el médico ha de ser filósofo, quiere decir que ha de saber mucho, ha de poseer todas las virtudes y carecer de todos los vicios. César Cantú reasume la moral de Hipócrates en estas pocas palabras: "Queria Hipócrates que los médicos fueran castos, amables, decorosos y reconocidos, que socorriesen gratuitamente al pobre; y que creyesen que las cosas humanas se encontraban en manos de la Divinidad." Hipócrates quiere tambien que el médico diste tanto de la impiedad como de la superstición, y gasta la mitad de su libro de Morbo Sacro en refutar las absurdas creencias de los que atribuian esta enfermedad á la intervencion de los Dioses, y pretendian curarla con purificaciones, sacrificios y encantamientos. Dice que estas prácticas son verdaderamente impías, porque deshonran á los Dioses en vez de honrarlos: que la Divinidad es la cosa mas pura y mas benéfica, y no puede, en manera alguna, ni manchar ni hacer daño á los hombres: que la enfermedad en cuestion, lo mismo que todas las de-

mas, tiene su causa natural que modifica materialmente el organismo, y que ninguna es producida, como falsamente creen, por el influjo maléfico de los Dioses. "Abrid, dice, el cráneo de las cabras que mueren por los ataques de la epilepsia, vereis el cerebro húmedo, lleno de agua, como hydrópico; y conocereis con evidencia, que no es la Divinidad, sino solamente la enfermedad, la que de esta manera ha podido alterar y altera efectivamente el cuerpo organizado y vivo.

El famoso helenista Juan Jacobo Barthelemy, despues de leer con el mayor cuidado las obras del Médico de Coss y consultado las antiguas tradiciones griegas, queriendo darnos una idea de lo que fué este grande hombre, dice lo siguiente:

"Poco satisfecho con haber consagrado su vida al alivio "de los enfermos, y haber dejado en sus escritos los princi-"pios de una ciencia, que él habia creado, dejó para la ins-"truccion del médico las reglas de que voy á dar una ligera idea".

"¿Quereis formar un discípulo? (Decía Hipócrates) "Acostumbrad sus manos, desde al princpio, á las operacio-"nes de la cirugía, exceptuando las que deben dejarse á los "artistas de profesion. Hacedle recorrer sucesivamente el "círculo de las ciencias; que la física le pruebe la influen-"cia del clima sobre el cuerpo humano; y cuando para au-"mentar sus conocimientos, tenga por conveniente viajar á "diferentes ciudades, aconsejadle que observe escrupulosa-"mente la situacion de los lugares, las variaciones del aire, "las aguas que se beben, los alimentos que hay; en una pa-"labra, todas las causas que alteran la economía animal."

"Entre tanto, le mostrareis las señales, precursoras de "las enfermedades; qué régimen se debe tener para evitar-"las, y qué remedios se han de aplicar para curarlas."

"Cuando esté ya instruido en vuestros dogmas, declara-"dos en conferencias metódicas, y reducidos por vuestros "cuidados á máximas cortas, y propias para imprimirse en "la memoria, será preciso advertirle, que la experiencia "sola es menos peligrosa que la especulativa sin experien-"cia; que ya es tiempo de aplicar los principios generales á

"los casos particulares, los que variando sin cesar, han so-
"lido engañar á los médicos por semejanzas engañosas; que
"el arte de preguntar á la naturaleza, y el de esperar su
"respuesta, que es mas difícil todavía, no se aprende, ni en
"el polvo de la escuela, ni en las obras de los filósofos y
"prácticos. Aun no conoce el discípulo esta naturaleza,
"pues solo la ha considerado hasta aquí en su vigor, y ca-
"minando á sus fines sin obstáculo. Llevadle ahora á
"aquellas mansiones del dolor, donde cubierta de las som-
"bras de la muerte, expuesta á los ataques violentos del
"enemigo, cayendo y levantándose para volver á caer, ma-
"nifiesta al observador sus necesidades y sus recursos. Tes-
"tigo de este combate y espantado de verle, el discípulo os
"verá observar y aprovechar el momento, que puede fijar
"la victoria y decidir de la vida del enfermo. Si dejais por
"algunos instantes el campo de batalla, le mandareis que-
"darse en él, observarlo todo, y daros despues cuenta, ya
"de las mudanzas ocurridas en vuestra ausencia, ya del mo-
"do con que él creyó que debia acudir á remediarlas."

"Obligándole á asistir frecuentemente á estos espectá-
"culos terribles é instructivos, le iniciareis todo lo posible
"en los íntimos secretos de la naturaleza y del arte. Mas
"no basta esto. Cuando por un corto salario le adoptasteis
"por discípulo, juró conservar una pureza inalterable en sus
"costumbres y en sus funciones. Que no se contente con
"haber hecho el juramento; porque jamás cumplirá con las
"obligaciones de su estado, sin sus virtudes. ¿Y cuáles
"son estas? casi ninguna exceptúo, porque el honor de su
"ministerio está en que exige casi todas las prendas del
"alma y del corazon. En efecto, si no hay confianza en su
"juicio y prudencia, ¿qué padre de familia le llamará sin
"temor de introducir en su casa un espía ó un intrigante,
"ó un corruptor de su muger é hijas? ¿Cómo se contará
"con su humanidad, si se acerca á los enfermos con una
"alegría irritante, ó con un humor áspero y sombrío: con
"su firmeza, si por una adulacion servil, contemporiza con
"su repugnancia, y cede á los caprichos; con su prudencia,
"si ocupado siempre en el adorno de su persona, cubierto
"siempre de aguas de olor y vestidos magníficos, se le vé

"andar de ciudad en ciudad, para recitar discursos en honor de su arte, atestados de testimonios de poetas; con sus luces, si á mas de aquella justicia general que el hombre bien criado observa con todos, no posee la que el sábio hace consigo mismo, y que le enseña que en medio del mayor saber, se halla aun mas esterilidad que abundancia; con sus intenciones, si le domina un loco orgullo, ó aquella rastrera envidia, que nunca fué el patrimonio del hombre superior; si sacrificando todas las consideraciones á su interes, se entrega solamente al servicio de los ricos; si autorizado por la costumbre á arreglar sus honorarios desde el principio de la enfermedad, se obstina en concluir el ajuste, aunque el enfermo empeore á cada momento?

"Estos vicios y defectos caracterizan principalmente á esos hombres ignorantes y presuntuosos, que llenan la Grecia y degradan la mas noble de las artes, haciendo un tráfico con la vida y la muerte de los hombres; impostores tanto mas perjudiciales, cuanto menos pueden perseguirlos las leyes, y humillarlos la ignominia."

"¿Quién es, pues, el médico que honra su profesion? El que mereció la estimacion pública por su profundo saber, larga experiencia, probidad exacta, y vida irreprensible; aquel que mirando á todos los hombres como iguales á los ojos de la Divinidad, corre apresurado á su voz, sin excepcion de personas, les habla con dulzura, les oye con atencion, sufre sus impaciencias, y les inspira aquella confianza que basta á veces para darles la vida; aquel que penetrado de sus males, estudia con obstinacion sus causas y sus progresos, no se turba con los accidentes imprevistos, se cree obligado á llamar en caso necesario á algunos de sus compañeros, para aconsejarse de ellos; aquel, en fin, que despues de haber luchado con todas sus fuerzas contra la enfermedad, se tiene por feliz y es modesto en el buen éxito, y á lo menos puede felicitarse en los reveces, de que suspendió los dolores y dió consuelos."

El siguiente comentario de Galeno al médico filósofo de Hipócrates aunque nada nuevo dice, pone de manifiesto el modo con que los antiguos entendieron la doctrina hipo-

crática, el grande aprecio que hacian del Padre de la medicina, y cómo procuraban difundir y perpetuar sus dogmas: por esto me ha parecido bien añadir aquí este famoso documento. Para traducirlo me he valido de la version latina que hizo el célebre helenista Cárlos Gottlob Kühn comparándola con el texto griego, que él mismo publicó en 1821 en la ciudad de Leipsik.

De Galeno. Que el médico perfecto sea tambien filósofo.

Muchos médicos hay que imitan la costumbre de aquellos atletas, que, deseando salir vencedores en los juegos olímpicos, nada hacen para alcanzar su deseo. Alaban á Hipócrates y lo tienen por su príncipe; pero todo hacen, menos imitarlo. El dijo, que á la medicina comunica no pequeña parte la astronomía, y que esta todo lo recibe de la geometría, por lo que los estudios médicos deben comenzarse por ella: mas nuestros médicos no solo se apartan de lo que dijo Hipócrates; sino que reprenden á los que hacen las cosas como él mandó. Hipócrates dijo tambien, que ha de tenerse un pleno conocimiento de la naturaleza del cuerpo humano, porque este conocimiento es el principio de todo órden en la medicina; mas ellos ponen tan poco cuidado en esto, que no solamente desconocen la sustancia de las partes del cuerpo, su formacion, su magnitud, su enlace y sus relaciones; sino que ignoran, ciertamente, hasta su colocacion: cuando Hipócrates nos exhorta á una racional contemplacion, nos advierte: que por no conocer la division de las enfermedades por géneros y por especies, sucede con frecuencia que los médicos se apartan del verdadero fin de su arte; pero los médicos de nuestra edad de tal modo se apartan de este cuidado, que aún reprenden á los que emplean en él su trabajo, como que tocan cosas inútiles: Hipócrates dice que debemos tener muchísima prudencia para elevarnos al conocimiento de las enfermedades, tomamdo en consideracion lo que ha precedido, el estado actual y lo que haya de tener despues el cuerpo enfermo; mas los médicos de ahora tan mal fijan su atencion en esta parte de la medicina, que si alguno ha pronosticado un flujo de sangre por la nariz, ó un sudor,

exclaman: Este habla una cosa grande y admirable contra la opinion de todos; menos se fijan en si se han predicho otras cosas; mucho menos piensan en ordenar la especie y cantidad de alimento que se ha de dar, para el vigor futuro del enfermo; no obstante que Hipócrates juzga ser esto muy digno de tomarse en cuenta.

¿Qué cosa queda en que ellos imiten á este baron? Ciertamente que no es en la gravedad ni en el modo sentencioso de hablar, cuya fama él ha conseguido, pues los médicos modernos de tal manera se han apartado de esta virtud, que se les vé con frecuencia, (trabajo cuesta creerlo,) cometer dos faltas en una misma palabra. Buscando la causa de estas cosas, juzgué que estos, aunque admiran al varon, se apartan mucho de la leccion del escritor, ó que si alguno lee sus escritos no los entiende, ó entendiéndolos no junta á la inteligencia la práctica de lo que ha entendido, para confirmar la disciplina y enderezarla hácia la buena costumbre; teniendo averiguado, que para conseguir gran fama, es necesario unir la voluntad á la potencia; y sabiendo que el que carece de una de estas dos cosas, es preciso que se engañe y no consiga jamas el fin que se propone. Así es que, sin apartarnos del ejemplo de los atletas, vemos que estos no pueden conseguir lo que desean, ó porque les falta la habilidad innata del cuerpo, ó porque no ejercitándola la han dejado desfallecer; pues si el atleta tiene la habitud del cuerpo, necesaria para alcanzar la victoria, y si la ha ejercitado convenientemente, ¿qué cosa puede haber que le impida llevar la corona del certámen? ¿Por ventura los médicos de nuestros tiempos están tan pobres de una y otra de estas dos cosas, que no les sea posible tener una voluntad y una inteligencia dignas del estudio del arte?

Ageno de toda razon me parece que en este tiempo ninguno nazca con la capacidad necesaria para un arte tan humano, supuesto que el mundo sea el mismo que fué en los tiempos antiguos, las estaciones del año guardan el mismo órden, el sol recorre círculos que de ningun modo han variado; y que cada estrella, fija ó errante, tenga la misma razon de su estado. Mas razonable es creer que en esta edad ninguno se hace tal como Fídias entre artífices, cu-

mo Apéles entre pintores y como Hipócrates entre médicos, por la mala educacion que los hombres usan en estos tiempos, y por haber antepuesto el amor de las riquezas al amor de las virtudes; luego facilísimo seria que nosotros, á quienes aconteció nacer despues de aquellos varones antiguos, y recibir de ellos artes tan útiles, aunque no se nos hayan dado mejores disposiciones, aventajáramos mucho si aprendiendo en poco tiempo lo que Hipócrates tardó muchos dias en descubrir, consumiéramos lo que nos quedara de vida, en buscar aquellas cosas que aun faltan á nuestra ciencia.

El que se dió mas á las riquezas que á la virtud y pidió el arte, no para merecer bien de los hombres, sino para merecer sus quejas; no puede esperar, ni pretender el fin que el arte se propone; el cual si nosotros lo deseamos antes que lleguemos á conseguirlo, otros se enriquecerán, porque no podemos á un mismo tiempo dedicarnos á reunir dinero y á ejercer una ciencia tan grande, como es la medicina. El que desea con mucha fuerza una de estas cosas, es necesario que desatienda la otra. ¿Qué se sigue de esto? ¿Por ventura en nuestro siglo podemos encontrar alguno, que desee tener solamente lo que sea bastante para los usos necesarios de la vida? ¿Acaso podemos encontrar quien nos enseñe, no con fingidas palabras, sino con los propios ejemplos de su vida, que el verdadero objeto de las riquezas, conforme á lo que es natural, no debe ser otro sino el de alejar de sí el hambre, la sed y el frío? Si hay alguno que se porte de esta manera tan filosófica, este despreciará tanto el poder de Artagerges como el de Perdicas, no irá á la presencia de aquel; pero como legítimo sucesor de Hipócrates, curará á los que se encuentren enfermos. No solamente hará esto, sino que, á costa de penalidades, se marchará á Cranon y á Tasso, y á otros muchos lugares para curar allá los enfermos pobres de aquellos remotos países: dejará á Polybio y á otros discípulos con los ciudadanos y la gente de Coos, y él recorriendo toda la Grecia hará y escribirá muchas y grandes investigaciones, (porque conviene para él bien comun, que escriba sobre la naturaleza de los lugares,) para comprobar

con la práctica lo que le enseñó la teoría: es necesario que él vea con sus propios ojos las ciudades, y note cuidadosamente, ya las que miran al Sur, ya las que están expuestas al Norte, ya las que se inclinan al Oriente y ya las que caen hácia el Ocaso; fijando su atencion en la que esté colocada en un bajío, en la que ocupe un lugar elevado, en la que está expuesta á la accion de las aguas, ya sea bañada por ellas, ya corran estas á la ribera del mar, ya manen de fuentes, ya caigan del cielo; ó ya rebosen de los estanques ó de los rios: visitará tambien aquellas ciudades que tienen su lugar junto á un gran rio, á la orilla de un lago, cerca del mar ó próximas á los montes: investigará si la que es fría, hace uso de aguas muy frías, si alguna se sirve de aguas calientes, si otra lo hace de nitrosas ó aluminosas, y notará todo cuanto haya de notable: en suma, para escribir de cada una en particular, conviene que considere bien todo lo que el mismo Hipócrates y nosotros hemos enseñado.

Si hay un médico que quiera obrar de esta manera, es necesario, que no solamente desprecie las riquezas, sinó que se dé muchísimo al estudio, trabajo é industria de su arte. Mas no le será lícito emborracharse, hartarse de manjares, entregarse á la Venus, ni á ningun otro vicio aunque sea oculto: si alguno es verdadero médico, ha de ser amigo de la verdad y de la templanza, ha de usar de un método racional, conocer cuantos son los géneros y especies de las enfermedades y saber de que manera han de tomarse las indicaciones de los remedios en cada una de ellas: por este mismo método llegaremos á conocer la naturaleza del cuerpo, de que elementos primitivos están compuestas las partes, cuales se relacionan entre sí, cuales se componen de elementos secundarios, y cuales son sensibles, y (usaré de este nombre técnico) las que se llaman similares; y, finalmente, cuales están llenas de materia orgánica. Así tambien por este método conoceremos, qué utilidad resulta de este género de partes, y que accion ejercen en los animales: Todas estas cosas conviene no dejarlas inexploradas, sino conocerlas bien por la demostracion.

¿Qué mas hay que decir? ¿Le falta algo á este médico para ser filósofo, á este médico, digo, que ejerce su profe-

sion con un trabajo digno de Hipócrates? Si para conocer la naturaleza del cuerpo, las diferencias de las enfermedades, y las indicaciones de las cosas que pueden ser de algun auxilio, se necesita emplear una contemplacion racional; para ordenar y retener los conocimientos y la industria del arte, se necesita que desprecie las riquezas y use de mucha templanza: Entónces tendrá ya todas las partes de la filosofía, tanto lo que toca al método de argumentar, que los griegos llaman lógica, como lo que pertenece al conocimiento de la naturaleza, que llaman física, y lo concerniente á las costumbres, que llaman ética.

No será tanto de temer que cometa una accion torpe ó viciosa el que desprecia las riquezas y usa de templanza, porque los hombres comunmente caen en estos yerros impulsados por la avaricia y obligados por la voluptuosidad.

Necesario es que el tal hombre tenga todas las virtudes, pues todas están enlazadas entre sí, y no debe dejar de tener una el que tiene las demas; porque todas están estrechamente unidas con un mismo lazo. Luego el médico para aprender el arte y ejercerlo necesita absolutamente de la filosofía, ó queda la duda de si el que es médico debe ó no ser filósofo: No creo que esto necesite de la demostracion, cuando vemos con frecuencia que no faltan algunos tan codiciosos del dinero que, convirtiendo en detestable abuso el noble fin del arte, mas bien parecen encantadores que médicos.

¿Serás acaso tan ligero y tan amante de disputar sobre vagatelas, que digas que el médico ha de ser justo, moderado, continente, despreciador de los dineros, conocedor de la naturaleza de los cuerpos, de la accion de los instrumentos, de las diferencias de las enfermedades y de la indicacion de los remedios, y que todo esto ha de hacerse sin sugetar su práctica á una disciplina racional y justa? ¿Acaso conociendo á fondo estas cosas no te dará vergüenza disputar de solo los nombres? Preciso es, pues, que convengas en que no hemos de disputar de solo las voces, como el Cuervo y el Grajo; sino que debemos emplear todas nuestras fuerzas en la investigacion de la verdad. No tienes razon para negar, que un buen cosedor y un tejedor

pueden hacerse sin disciplina y sin grande ejercicio; pero no podrás decir que de repente apareció un hombre justo, moderado, perito en demostrar, que conoce la naturaleza de las cosas; y todo esto sin haberse valido de la erudicion de un maestro y del conveniente ejercicio: si esto es una desvergüenza, aquello es propio de un hombre que disputa de las palabras y no de las cosas.

Ciertamente nosotros debemos emplear nuestros primeros estudios en la filosofía, si queremos ser verdaderos imitadores de Hipócrates: si lo hacemos así, nada impedirá que lleguemos á ser, no solamente semejantes á él, sino algo mejores, sabiendo todo lo que él dijo, y trabajando hasta encontrar las cosas que faltan al arte.

REGLAS PARA LA PRACTICA

DE LA MORAL MEDICA.

EL MEDICO EN LA SOCIEDAD.

Ante todas cosas es necesario que el médico se haga un buen lugar en la sociedad, pues como hombre público necesita tener muy buena reputacion; y si no logra adquirirla debe considerarse enteramente perdido. Para alcanzar esta buena reputacion es necesario que lleve una vida muy arreglada, cumpliendo fielmente con las obligaciones de su estado, respetando á todos, sugetándose á las leyes, no perjudicando ni molestando á persona alguna, sin ofrecerse ni negarse á nadie en particular, sirviendo con la mayor exactitud y con agrado á los que lo ocupen, sufriendo con paciencia las incomodidades y trabajos propios de su oficio, tolerando los defectos agenos y corrigiendo los propios. Debe huir de todo lo que perjudique su reputacion, sin dar jamas motivo para que piensen mal de él. Las gentes no pueden calificarlo por su talento y su saber, que no les es dado penetrar, y han de calificarlo por su modo de portarse en el mundo; y no se equivocan, porque si es malo y se porta indignamente, es señal de que piensa mal, es decir, que es tonto, y por tanto no merece la confianza de nadie.

Ademas, que aun suponiendo una buena inteligencia, si se dará á los vicios la perderá, pues bien sabido es que la embriaguez, la disolucion y el juego no solamente quitan el crédito y el tiempo; sino que tambien enferman el cuerpo, debilitan el espíritu, anonadan la inteligencia y reducen al hombre á la nulidad: luego no va tan descaminado el público con juzgar mal de los malos y creer que el que es mal ciudadano no puede ser buen médico. Pórtese, pues, bien el que ha de servir al público, para que piensen que así como es buen hombre y buen ciudadano, será bueno en lo demas. Tambien le es necesario para hacerse buen lugar como médico, y poder tratar muchos enfermos, y adquirir buena práctica, que no se muestre muy amante del dinero y ejerza su profesion con liberalidad, pues ha dicho muy bien el célebre Húfeland: "Es necesario evitar todo lo que tenga asomos de avaricia, porque este vicio envilece al profesor y á la ciencia, ahuyenta á las gentes de pocos medios, y se opone á la buena fama, la cual vale mas, sin disputa, que todas las riquezas."

Cuando el médico es llamado por los jueces para que ilustre ciertos hechos con las luces de la ciencia, es decir, para que ejerza funciones de médico-legista; necesita estar adornado de tres cosas, que son: probidad, firmeza de carácter y mucho saber. La probidad le servirá para fijar en su ánimo, como objeto único, el amor á la verdad y el interés de descubrirla: la firmeza le hará resistir al influjo de las personas, del temor, de la compasion, del dinero y de cuanto pueda separarlo del fin único que debe tener, que es descubrir la verdad: y el mucho saber le dará los medios de cumplir con su mision. La probidad y la firmeza se adquieren con el contínuo ejercicio de estas virtudes; y el mucho saber se adquiere habiendo estudiado y estudiando, y habiendo pensado y pensando siempre.

Cuando el médico sea llamado para ver un herido, si el juez no ha tomado conocimiento de aquel caso, el médico debe darle aviso y esperar á que dé fé de las heridas para curarlas; pero si de esperar estas diligencias puede seguirse algun daño al herido, entonces lo curará inmediatamente y despues dará el parte al juez.

Suele decirse, que ninguno está obligado á ser sabio ni á ser héroe, pues yo diré que el médico es la excepcion de esta regla general, porque su profesion, su juramento y el bien de la humanidad exigen de él que sea sabio y que sea héroe. Si no sabe todo lo que debe saber, no es médico; y si la suerte lo coloca ante una enfermedad contagiosa, en un campo de batalla ó en un pueblo que sufre una epidemia, tiene que portarse como un héroe: es necesario que arrostre los peligros y se entregue á trabajar dia y noche sin descanso, porque de otro modo no cumplirá sus deberes.

Conviene que el médico en sus conversaciones, en sus escritos y de cuantas maneras pueda, procure difundir los conocimientos higiénicos, y promueva todo aquello que puede mejorar la salud pública y la particular de las gentes del pueblo en que habita y de los demas que pueda, pues este es un medio seguro de hacer bien; y no olvide jamas que debe guardar en secreto todo aquello que convenga que no se divulgue.

EL MEDICO A LA CABECERA DEL ENFERMO.

Cuando el médico sea llamado para ver un enfermo debe ir sin dilacion. Para no cumplir este precepto solamente podrán servirle de escusa la falta material de tiempo y el estar enfermo.

Quiere Hipócrates, que el médico vaya á la casa del enfermo vestido decentemente y muy limpio, que no vista con demasiada elegancia porque no lo crean superficial y casquivano, ni se presente desaliñado y sucio, porque no dé asco á las gentes. Su porte debe ser grave sin afectacion y jovial sin chocarrería. Tratará á todos con atencion y franqueza y mostrará mucho interes por la salud del enfermo. Ya constituido á la cabecera del paciente, no olvide que el fin supremo de su arte es el bien de la humanidad; ni olvide tampoco el precepto que nos dejó Hipócrates en su libro 1? de las epidemias: "Si no puedes hacer bien, á lo menos no dañes." Galeno al comentar este pasage dice: "Hubo un tiempo en que yo miraba este precepto como de poca importancia é indigno de Hipócrates; parecíame de-

masiado evidente é inútil el darlo, pues no puede ser otro el objeto del médico, que procurar la salud del enfermo y no dañarle. Pero despues de haber visto á muchos médicos célebres reprendidos justamente por haber prescrito sangrías, baños, purgas, vino ó agua fría, comprendí, que tanto Hipócrates, como otros muchos prácticos de entonces, habrian incurrido en errores semejantes; y que era preciso, al administrar un remedio enérgico, no solo tener en cuenta el alivio que podia producir, sino tambien el daño que podia ocasionar, en el caso de que no correspondiera al objeto que me proponia. Algunos médicos, á la manera de los jugadores de dados, ordenan remedios, que si no corresponden á sus miras llegan á ser funestos á sus enfermos. Los que empiezan ahora el estudio de la medicina, creerán indudablemente, como yo creía en otro tiempo, que este consejo: "Ser útil ó al ménos no dañar," es indigno de Hipócrates; pero estoy bien convencido de que los prácticos comprenderán perfectamente toda su importancia, y si alguna vez les acontece producir algun mal en sus enfermos, por la administracion intempestiva de algun remedio activo, entónces será cuando conciban todavía mejor el sentido y gravedad del precepto que nos legó Hipócrates". Estas justas reflexiones del insigne Médico de Pérgamo nos manifiestan claramente cuanto importa al médico no olvidar jamas este sapientísimo, al par que muy sencillo precepto. Siempre que un médico se acerca á un enfermo debia, con la imaginacion representarse al venerable Anciano de Coos diciéndole: "A lo menos no dañes."

Procederá luego á examinar al enfermo con suma atencion y cuidado sin que nada se le escape, todo conforme á las prescripciones de la ciencia, preguntando á los asistentes todo cuanto sepan acerca de la enfermedad de que se trate; y cuando haya adquirido todos los datos posibles, formado el diagnóstico y elegido el remedio, por el que ha de comenzar el tratamiento, recete, instruyendo en seguida minuciosamente al enfermo y á los asistentes en todo cuanto deben hacer, sin olvidar ninguna circunstancia por insignificante que parezca. En sus relaciones con todos usará un lenguaje claro y sencillo, sin emplear términos

técnicos, sin referir los milagros que han obrado sus remedios, sin soltar pronósticos aventurados, sin prometer lo que tal vez no podrá cumplir y sin hablar mucho: pues si piensa con todas estas cosas ganar el crédito de gran médico, se engaña, solo ganará la fama de pedante y charlatan, y en vez de ganar la confianza de las gentes comenzará por perderla. Mucho mas le valdrá, sin duda, ser discreto, reservado y medido en el hablar.

Si del exámen que hizo del enfermo y los asistentes no puede elevarse al conocimiento exacto de la enfermedad ó del método curativo que ha de seguirse, es el caso de provocar una consulta, si fuere posible, ó de repetir el exámen con mayor atencion, por si en el primero se le escapó algo, é ir á estudiar el caso, ó á consultarlo con alguno de sus compañeros.

No multiplicará las visitas sin nesesidad, ni las escaseará demasiado: lo primero puede acarrearle la nota de avariento y lo segundo la de descuidado. Hará, pues, huyendo de estos dos extremos, las visitas que realmente crea necesarias, y nada mas.

A imitacion del Padre de la Medicina llevará un diario exacto de todo lo que vea y haga como médico. Así tendrá una reunion de hechos prácticos observados por sí mismo, de los que despues podrá sacar gran provecho. No son otra cosa los admirables libros de las Epidemias de Hipócrates, cuya riqueza han explotado los prácticos, y aun explotamos todavia. Mas para que estas observaciones sean verdaderamente útiles, han de estar escritas en términos claros y sencillos; han de contener los hechos referidos con toda verdad, porque la menor mentira los desnaturalizaría y hehcaría á perder, y han de estar coleccionadas con algun órden para que sea fácil consultarlas y entenderlas cuando sea necesario.

Cuando un médico se encarga de curar á un enfermo, lo ha de asistir con toda eficacia y empeño hasta que la enfermedad termine, ó le despidan el enfermo ó sus parientes. No debe abandonar al enfermo intempestivamente, porque se hace responsable de las consecuencias que produzca su abandono; y solamente le es lícito abandonarlo

cuando le consta que no hacen lo que él manda, y cuando llamen, sin avisarle y despedirlo, á otro médico para que siga la curacion. Si despues de estas cosas lo llaman otra vez para ver y asistir al mismo enfermo, debe ir sin dilacion, sin hacer caso de lo pasado, y solo podrá exigir la promesa de que han de hacer lo que les mande, y de que, cuando quieran llamar á otro, le han de avisar primero.

En el terrible caso de que haya necesidad de aplicar un remedio peligroso, ó de hacer una operacion que ponga en peligro la vida ó acarree la pérdida de un miembro, debe procederse con la mayor cordura, estudiar y considerar bien el caso, consultarlo con otros médicos, manifestarles sus esperanzas y temores, escuchar sus consejos, proceder de acuerdo con ellos, y hacer que le ayuden y presencién todo, pues de esta manera salvará su responsabilidad. Sin embargo, cuando el mal sea tan urgente y ejecutivo que no dé tiempo para hacer estas diligencias, que no halla con quienes consultar y asosiarse, y sea absolutamente necesario aplicar el remedio sin pérdida de momento, lo hará con cuanto mas cuidado y advertencia le fuere posible, reservando para despues la obligacion de dar cuenta de su conducta y justificar su procedimiento.

Cuando tenga que dar sus auxilios á un enfermo incurable, es cuando necesita mayor calma, mas prudencia y tener muy presente, que si no puede dar la salud, á lo menos debe apaciguar los dolores y prolongar la vida cuanto mas le fuere posible. Hablando de esto el sabio Huffeland dice: "Este precepto es de tal importancia, que nadie puede separarse de él sin exponerse á causar las mayores desgracias. Pero, ¿se ha comprendido bien toda su latitud, ó se guarda acaso con la debida escrupolosidad? Cuando una persona sufre el peso atroz de un mal incurable, que le obliga á desear morir cuanto antes, ó cuando los efectos de una preñez ponen en peligro á una mujer, el buen médico podrá vacilar sobre si le es permitido, ó si quizá está obligado á librar aquel infeliz del cúmulo de sus miserias, ó de sacrificar en el otro caso la vida del hijo ó la de la madre; pero que se guarde de dar rienda á semejantes raciocinios, por plausibles que parezcan, por que no dejan de ser muy

falsos, y cualquiera accion que de ellos dimanara sería en extremo criminal, y merecería un severo castigo. La obligacion especial del facultativo es *conservar la vida:* que ésta sea una fortuna ó una desgracia, que tenga ó no alicientes, son cuestiones que de ningun modo le importan; y si las tomase en cuenta para dirigir su conducta, las consecuencias serian incalculables, y llegaría á hacerse el individuo mas peligroso para la sociedad, porque salvada una vez la valla de sus atribuciones, y persuadido del derecho que tiene de fallar sobre la necesidad de la existencia de sus semenjantes, no le falta mas que un paso para extender á otras aplicaciones mas graves la atroz idea del poco aprecio que puede tener la vida de un hombre."

"La vida puede abreviarse no solo con las acciones, sino tambien con las palabras y demostraciones del médico, quien puede hacerse, sin quererlo, responsable de los resultados. Por consecuencia, es deber suyo muy importante seguir una conducta prudente, evitando por todos medios el abatir ó desanimar á los enfermos. Nunca ha de decir, ni hacer cosa alguna, que tienda á incomodar y empeorar el estado del que se entrega en sus manos; y tanto sus expresiones como sus gestos han de ser vivificadores, por decirlo así, pues el enfermo le mira como un juez que va á pronunciar sobre la vida ó la muerte, y espía este fallo en sus palabras y en su semblante. ¿No es cierto que el temor de la muerte, la ansiedad y el espanto son los venenos mas activos, y que paralizan inmediatamente la fuerza vital, al paso que el valor y la esperanza reaniman mas que ningun medicamento? Y aun podemos decir que estos no obran con eficacia sin la cooperacion de aquellos agentes morales. El facultativo debe, pues, animar al paciente, pintar con bellos colores su situacion, disimular el peligro y mostrar mas serenidad cuanto mas grave se presente; y para evitar toda sospecha de ligereza ó de ignorancia, puede revelar la verdad á los parientes, recargando el cuadro de su relacion, si acaso los encuentra frios y descuidados. Vemos, segun esto, cuan culpable es la conducta de aquellos que no tienen reparo en descubrir al mismo enfermo el peligro en que se halla, y aun en anunciarle la muer-

te, y cuan mal hacen los parientes en desear que el médico se encargue de semejante comision. Nadie tiene derecho para imponérsela, y jamás debe aceptarla, porque anunciar la muerte, es darla en realidad, y no puede ser este el oficio de un hombre que está destinado á dar la vida. Aunque el mismo enfermo desee que se le diga la verdad, bajo el pretexto de arreglar sus negocios, ó por cualquier otro motivo, jamás se le debe notificar que está cerca el término de sus dias; y tengo noticia de dos casos en que exelentes profesores fueron causa del suicidio de los enfermos, á quienes revelaron que su enfermedad era incurable, condescendiendo con sus importunaciones."

Ademas de estas sabias consideraciones del hipocrático Húffeland, yo añadiré: que notificarle á un enfermo su sentencia de muerte es amargarle los dias que le quedan de vida y, aun cuando su desesperacion no llegue á hacerle pensar en el suicidio, siempre se le abrevia la vida, porque el temor de la muerte le quita el apetito, el sueño y la tranquilidad de espìritu tan necesarios para su conservacion: me acuerdo de un pobre sacerdote á quien un médico imprudente reveló que tenía un aneurisma y que moriría repentínamente cuando reventara. Tres años vivió este infeliz paciente sin esperanza ni consuelo, continuamente alarmado, esperando la muerte en cada tosida, en cada paso, en cada movimiento, hasta que la muerte vino á librarlo de una vida que era un tormento.

Por otra parte, ¿que seguridad puede tener el médico de que sus decisiones son infalibles? Por ventura, ¿no es hombre y como tal sujeto á errar? ¿Habrá alguno tan jactancioso que pretenda conocer perfectamente todos los recursos que tiene la naturaleza para curar las enfermedades y para alargar la vida de los hombres? Llenos están los anales de la ciencia de diagnósticos errados, de pronósticos fallidos y de curaciones maravillosas. Déjense, pues, los médicos de faltar á un deber tan sagrado, por solo el gusto de parecer acertados en su práctica, sin considerar que se exponen á errar el pronóstico y á perder de todos modos el crédito.

Otra cosa hay que no debe olvidar el médico jamas, y es

lo que concierne al delicadísimo arte de recetar, supuesto los conocimientos que debe tener sobre esta importante parte de la ciencia, pondrá toda su atencion al hacer la receta, como el complemento de todo su trabajo y el documento auténtico, que ha de quedar de su modo de proceder. Escriba, pues, el médico su receta con sumo cuidado, con letras bien claras y en términos claros y precisos, leala despues de escrita y vuelva á leerla hasta que esté cierto de que no está errada ninguna palabra, ni puede dar lugar á equívoco alguno. Ademas al recetar, si fuere posible sin perjuicio del enfermo, cuidará de preferir los remedios mas simples á los mas complicados, los indígenas á los extranjeros y los de menos costo á los caros, porque no debe el médico aumentar inutilmente los gastos de nadie, y principalmente si se trata de gentes de escasa fortuna. Por la misma razon cuidará de no mandar traer cantidades excedidas de medicamentos, que despues serán inútiles, y de no recetar muchas cosas á la vez, porque esto dificulta su aplicacion, embrolla el método y hay que tirar lo que no pudo aplicarse. Tampoco le es permitido dejar en poder de los emfermos y sus asistentes medicamentos venenosos, que puedan ocasionar una desgracia: cuando le sea necesario recetarlos mande traer las cantidades muy precisas y, si le fuere posible adminístrelos por sí mismo, llevándose las dosis que queden para administrarlas despues.

No se ocupará el médico de vender ni administrar remedios secretos, porque esto es indigno de un hombre de bien, ni de usar en sus enfermos aquellos cuya composicion y efectos le son desconocidos, como suelen ser los que llaman "de patente."

Finalmente, cuando el médico visite sus enfermos comienze por los mas gráves, por los que mas lo necesiten; y nunca degrade la ciencia poniéndola al servicio de los grandes con agravio de los pequeños. Para el médico todos los hombres son iguales y no debe establecer entre ellos mas distincion que la que resulte del diverso grado de sus padecimientos.

EL MEDICO Y SUS CONPROFESORES.

Si la ley natural manda que todos los hombres se amen mutuamente, si el patriotismo ordena que los conciudadanos hagan otro tanto; y si el interes científico exige que los que profesan una misma ciencia se unan y se estrechen para comunicarse sus conocimientos y formar un solo cuerpo, porque de otro modo su ciencia no progresa, ¿que diremos de un médico que aborrece á sus compañeros? ¿Que diremos? Que es mal hombre, mal ciudadano y mal profesor, es decir, que es tres vecez malo. ¿Y que pasiones pueden hacerlo caer en este tremendo yerro? No son otras mas que la soverbia y la avaricia O el médico se cree superior en talento é instruccion á otro y le desprecia y le mal quiere, ó vé con envidia los progresos y el dinero que gana otro y le hace la guerra por desbancarlo, cosas que no pueden hacerse sin aborrecerlo. Yo creo que es mucho mayor el número de los descarriados por la avaricia, que el de los que lo son por la sobervia, porque siempre he visto que son muy pocos los que despresian con altivez las riquezas, y es infinito el número de los que se encorban y humillan ante el poder del dinero. Así lo comprendió el célebre Dr. Francisco de Villalovos, médico del Rey Fernando V. el católico, pues en su poema sobre el mal de bubas escrito en 1.498 les dá á los médicos este sabio consejo:

"Y no dé lugar á la envidia malina
Que calle lo bueno, y pregone los yerros,
Que muchos letrados en la medicina,
Por cuanto concurren en una rápina,
Se muerden así como gatos y perros."

Para librarse de la sobervia basta considerar: que es muy dificil juzgar á los demas é imposible juzgarse á sí mismo, que todos los hombres nacen iguales por naturaleza, y con iguales derechos, que es muy poco lo que sabemos y muchísimo lo que ignoramos, y que la naturaleza

produce talentos grandes y pequeños sin que nadie tenga derecho de apropiarse el que quiere, y hay que contentarse con el que se recibe. El que considere filosóficamente estas cosas dejará de ser sobervio y de aborreser á sus semejantes. Mucho mas dificil, á mi juicio, es enfrenar la avaricia. El único remedio que han hallado los teólogos, que son los verdaderos médicos en este caso, es, que el avariento se haga dadivoso y convierta su odiosa pasion en benefisencia. Pero, ¡cuan pocos hay que adopten este saludable remedio! La mayor parte de los avaros se aferran á su maldito vicio y se endurecen de tal manera, que suele decirse que se les metaliza el cerebro. Importa, pues, mucho á los médicos jóvenes que con todas sus fuerzas ahoguen en el principio la sobervia y la avaricia para no dejarlas crecer, arraigarse y convertirse en vicios; al mismo tiempo que deben tener siempre muy presente que Hipócrates nos aseguró con juramento, que jamas tiene razon un médico para envidiar á otro.

La ciencia médica es un tesoro comun, que pertenece á la humanidad entera: los médicos son los administradores de este tesoro, y si se desacuerdan, lo administrarán mal y serán responsables los que provoquen el desacuerdo de los daños que resulten. Unanse, pues, todos, no solamente los que viven en un pueblo, sino los de un pueblo con los de otro, los de una nacion con los de otra: escriban lo que puedan, lean lo que otros escribieron, procuren relacionarse unos con otros, como pudieren de palabra ó por escrito; y en todas sus relaciones trátense siempre con atencion, benevolencia, dignidad y franqueza, como comprofesores, es decir, como hermanos, hijos todos del grande Hipócrates.

El que habla mal de otro, y procura levantar su fama y su fortuna sobre la ruina de su compañero, se envilece á sí mismo y es causa de que juzguen mal de la ciencia, es en suma, como los empleomaniacos que solo piensan en derribar á otros para colocarse ellos, gente que todo el mundo desprecia, por que se ha envilecido á sí misma y ha sido causa de que se pongan en duda aun los mas sanos y firmes principios de la política. Así es que, un buen profesor jamás debe denigrar á nadie, y menos á sus compro-

fesores: y para que sus relaciones sean justas y arregladas á la razon, los ancianos vean á los jóvenes con cariño é indulgencia, y los jóvenes vean á los ancianos con respeto y consideracion: los que saben mas ilustren á los que saben ménos, y los que aprendieron agradezcan á los que algo les enseñaron: los fuertes amparen á los débiles, los sanos socorran á los enfermos; y todos véanse como miembros de un mismo cuerpo, destinado á una cosa muy santa, cual es el alivio de la humanidad.

En cuanto á las consultas que suelen tenerse á la cabecera de los enfermos ya nos dió Hipócrates las reglas mejores que hemos de seguir, y que se reducen á exponer las opiniones con sencillez y buena fé, á no exaltarse por nada, y no injuriarse: estas mismas deben seguir en toda reunion científica, cualquiera que sea su objeto.

Mas en materia de relaciones profesionales hay un caso extremamente difícil y enbarazoso para un médico, y de dificultosa resolucion para el moralista, y es, cuando un enfermo imprudente y necio llama á un médico para que califique las recetas ó procedimientos de otro. Por fortuna mia el buen Húffeland trata este punto á maravilla, escuchadle: "Es muy mala la costumbre que tienen algunos enfermos de consultar sus dolencias con otros médicos, ademas del que los asiste, y muy digna de censura la de ciertos facultativos que se aprovechan de esta coyuntura, para inspirar desconfianza contra el médico de cabecera, con el fin de desbancarle. El hombre de bien jamas obra de esta manera pues léjos de tratar de ganarse tales parroquianos, les hará conocer su indiscrecion, manifestándoles, que no puede formar ningun juicio ni aventurar consejo alguno, sin entenderse con el facultativo de cabecera y conocer el plan que ha adoptado. No es tan indiferente como se cree, el emitir una opinion general sobre la naturaleza y curacion de cualquiera dolencia, porque con aquella se puede, aun sin mala intencion, sembrar la duda y la desconfianza en el paciente, y suscitar obstáculos y sinsabores á su médico. Sin embargo, si vemos que este sigue un método desacertado y perjudicial, el interes de la humanidad debe imponer silencio á cualquiera otra consideracion. Entónces es ya

indispensable

~~imposible~~ llenar una obligacion imperiosa, pues si la vida se halla en peligro, tenemos que seguir sin vacilar los impulsos de nuestra conciencia, de lo que ningun médico sensato puede ofenderse; mas si el riesgo no es muy urgente, propondremos una consulta, y en caso de que el enfermo la rehuse por razones particulares, nos veremos precisados á avocarnos, sin que él lo sepa, con el facultativo que le visita, para exponerle nuestro parecer. Tal es el modo de conciliar los deberes que reclaman los enfermos, con los que debemos guardar respecto de nuestros compañeros de profesion, haciéndonos útiles á los unos sin perjudicar á los otros."

"Cuando el paciente pierde la confianza que tenia en su médico y está decidido á depositarla en otro, ni ha de negarse este, ni ofenderse aquel, porque la opinion individual es libre y merece respeto. Lo que importa es que por una y otra parte haya igual franqueza y consideracion, como debe haberla entre los hombres bien educados."

"Siempre que un enfermo deja un facultativo para buscar otro, procura justificar su conducta murmurando, con razon ó sin ella, del primero; y desgraciadamente casi todos los médicos tienen la mala política de adherirse á sus relatos, para condenar el plan curativo que se ha seguido. Pero no es esta la conducta que corresponde á un profesor de probidad, quien al momento conoce que seria muy indecorosa respecto á su colega, y cruel para con el paciente, en razon á que se afligiria, no solo porque se hubiese perdido en vano el tiempo y el trabajo de la cura, sino porque creeria que su dolencia se habia agravado en gran manera, ó que tal vez se habia ya hecho incurable. Parece imposible que haya un hombre que pueda con semejantes indiscreciones, ó por malignidad, llenar á sangre fría de amargura los últimos momentos del que padece; y cuando no por guardar buena armonía con nuestros compañeros, estamos todos obligados por humanidad y por el bien del mismo enfermo, á no desaprobar nunca la conducta del facultativo anterior, pretextando otras razones, para que el doliente atribuya á ellas el no haber experimentado hasta entónces ninguna mejoría."

EL FARMACEUTICO.

Hipócrates nada dijo de los Boticarios, porque en su tiempo no los habia. No habia entónces mas que Médicos, y de estos unos salian á ver á los enfermos, y eran llamados Médicos Terapéutas, y otros se quedaban en la casa preparando los remedios y estos se llamaban Médicos Farmacéutas. En nada se diferenciaban unos de otros, tenian los mismos estudios, los mismos privilegios, las mismas obligaciones y las mismas responsabilidades. Hoy todavía, á pesar de la diversidad de sus estudios, debemos considerarlos de la misma manera. La Farmacia es parte de la medicina y tiene el mismo objeto que ella, el juramento de los Farmacéuticos es absolutamente el mismo de los Médicos, ambos están destinados al servicio de la humanidad doliente, al servicio de la justicia como Médico-legistas, ambos tienen iguales obligaciones y responsabilidades; en suma, los Farmacéuticos no son mas que Médicos que se quedan en casa preparando y despachando los remedios; por consiguiente, *mutatis mutandis*, deben apropiarse todas y cada una de las reglas de la moral médica. Si el Médico está obligado á no ser avariento y á no especular con las miserias humanas, la misma obligacion tiene tambien el Boticario. Una botica no es un establecimiento mercantil destinado á enriquecer á su dueño, es un establecimiento destinado al servicio público bajo la direccion de un profesor que ha jurado ser hombre de bien y procurar ante todo el bien de la humanidad, y al cual alcanza plenamente el precepto hipocrático de *no desollar á los que están en peligro.* Debe, pues, el Boticario contentarse con sacar, por sus honorarios profesionales, una moderada ganancia; y no vender para los enfermos á peso de oro cosas que en sí casi nada valen, ni menos hacer pagar á los pobres el lujo inútil de vistosos envases, de envolturas pintadas, de sellos, etiquetas y marcas que absolutamente de nada sirven. Lo mismo que el Médico, debe estar el Boticario dispuesto á servir pronto y bien á cuantos pidan su auxilio á cualquiera hora del dia y de la noche. La misma obligacion que el Médico tiene

de examinar cuidadosamente á los enfermos, tiene el Boticario de examinar cuidadosamente los remedios. El Médico debe vigilar los efectos de los medicamentos, y el Farmacéutico debe vigilar el estado de ellos, para que puedan producir sus necesarios efectos. El Médico estudia el modo de obrar de los remedios, y el Boticario estudia el modo de prepararlos. El Farmacéutico prepara, el Médico aplica, los trabajos de ambos se dirigen á un mismo y único fin Ni el Médico debe dañar á nadie con lo que ordena, ni el Boticario con lo que despacha. El Médico ha de poner sumo cuidado al recetar, para que el Boticario entienda bien; y el Boticario debe leer y releer cuidadosamente la receta hasta que esté seguro de que la entendió bien; y si la encuentra errada ó le parece absurda debe anotarla y devolverla para que el Médico la reforme ó se explique mejor, porque ambos tienen igual obligacion de procurar el bien de los enfermos. Cuando Hipócrates dijo: "*Si no puedes hacer bien á lo menos no dañes*," habló con los que salen y con los que se quedan, por eso tienen iguales obligaciones y responsabilidades idénticas. Así es que Médicos y Boticarios son una misma clase de hombres, forman una misma comunidad, y cuanto se dice de los unos se entiende tambien de los otros. Aplíquense, pues, y observen con fidelidad y honradez en sus actos profesionales y fuera de ellos, vuelvo á decir, *mutatis mutandis* las mismas reglas de la moral.

La Medicina y la Farmacia no son útiles sino en cuanto los que las profesan son buenos y las aplican y reducen á prácticas debidamente; el dia que estos profesores rehusen sujetarse á los preceptos de una moral severa y no cumplan extrictamente con sus respectivos deberes, serán mas perjuiciosas que útiles á la humanidad; y entónces seria mucho mejor borrarlas del catálogo de las ciencias y desterrarlas del mundo.



APENDICE

Cualquiera que sea la creencia del Médico puede verse alguna vez, por instancias de los padres de un niño moribundo, ó por otros motivos, en la necesidad de administrar el bautismo, conforme á la práctica de la Iglesia Católica. Por esto me ha parecido conveniente añadir aquí la siguiente leccion, que hace veinticuatro años acostumbro dar á mis discípulos al fin de cada curso de obstetricia.

EL BAUTISMO NO SOLEMNE O DE NECESIDAD.

Los comadrones y parteras están obligados á saber lo necesario para administrar el bautismo en caso de necesidad.

El bautismo es un sacramento que el Padre Ripalda define así: "*Es un espiritual nacimiento, en que se nos dá el ser de gracia y la insignia de cristianos.*" Se hace lavando exteriormente el cuerpo de una persona, ó alguna parte de él, principalmente la cabeza, bajo la prescrita forma de palabras. La Santa Iglesia Católica manda que el bautismo se administre en el Templo, con el agua consagrada para este fin, y por el Sr. Obispo, el Sr. Cura, ú otro Sacerdote con licencia de sus superiores. Este bautismo se llama solemne y es el único que debe usarse entre los católicos fuera del caso de necesidad.

Bautismo no solemne, ó de necesidad es el que se administra fuera del Templo, con el agua natural y por una persona cualquiera. Este bautismo no debe usarse sino en el caso de necesidad; y hacerlo sin ella es pecado, porque se falta á una prevencion expresa de la Santa Iglesia. Caso de necesidad es aquel en que hay motivo fundado para temer que una persona no bautizada muera ántes de que sea posible administrarle el bautismo solemne; v. g. un niño que en un parto laborioso puede morir ántes de que acabe de nacer, que nace agonizante, ó que tiene alguna enfermedad que puede matarlo ántes que sea posible llevarlo al Templo.

El bautismo no debe reiterarse. Dado una vez válidamente, si se repite á sabiendas, es pecado gravísimo; y solamente cuando se duda de la validez de un bautismo, debe repetirse bajo la condicion: "*si no estás bautizado.*"

Para que el bautismo sea válido, se requieren cuatro cosas, que son: *Materia, Forma, Ministro* y *Sujeto.*

MATERIA.

Esta puede ser cierta, dudosa ó nula. Materia cierta es el agua natural pura, como la de las fuentes, rios, pozos,

mares, lagos, estanques, lluvias, nieves ó hielos derretidos, con tal que sea apta para el uso comun de lavar: sin que importe que sea turbia ó clara, caliente ó fría, sulforosa ó salada, si así es naturalmente. Esta materia cierta es la que debe usarse siempre, porque con ella se hace sacramento sin duda.

Materia dudosa es el agua que tiene alguna mezcla, por la cual se duda si hará ó no sacramento; v. g., el agua de lejía, el caldo ténue, las infusiones ó cocimientos de yerbas, el agua rosada, &c. Esta materia dudosa solo debe usarse cuando absolutamente falte la agua pura, y entónces se hará con la condicion: "*Si esta es materia cierta, &c;*" y luego que se tenga agua buena para bautizar, se repetirá el bautismo con la condicion: "Si no estás bautizado &c."

Materia nula es todo lo que no es agua, ó que si lo es, está de tal modo solidificada ó mezclada con otras cosas, que no es apta para lavar: tales son la leche, la saliva, el sudor, el vino, el vinagre, el lodo y otras cosas por este órden. El hielo y la nieve son materia nula porque no lavan; pero si se derriten, se convierten en agua pura, que es materia cierta. La materia nula jamás debe usarse, porque usarla sabiendo que no hace sacramento, será un desacato á la santidad del bautismo, y por tanto un pecado.

FORMA.

Esta es el conjunto de palabras que se dicen al bautizar, y es la siguiente: "*Yo te bautizo en el nombre del Padre, y* "*del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.*" Estas palabras se han de pronunciar todas clara y distintamente, sin que falte una de ellas; porque si falta alguna de las sustanciales, no hay sacramento, y si se omite á sabiendas el "*yo*" ó el "*amen*," únicas que no son sustanciales, habrá sacramento; pero se peca porque no se se cumple con lo que la Iglesia manda, pues terminantemente ha mandado que se digan.

MINISTRO.

El del bautismo de necesidad es cualquiera persona que

tenga uso de razon, que sepa decir la forma y que tenga intencion de bautizar, segun lo quiere y manda nuestra madre la Santa Iglesia Católica. Es bastante la intencion que los moralistas llaman "*Virtual*" que es la que se hace un poco ántes de bautizar; v. g. Yo quiero bautizar á un niño agonizante, y al tiempo de echarle la agua, no me acuerdo de hacer actualmente intencion de bautizarlo, en este caso yo tuve la intencion virtual que basta; pero siempre será mejor hacer todo lo posible por tener tambien la intencion actual. Los ministros del bautismo de necesidad deben guardar el órden siguiente: *el cura, el sacerdote, el diácono, el subdiácono, el ordenado de menóres, el tonsurado, el hombre, la muger, el excomulgado, el hereje y el infiel,* de manera que de entre los presentes bautice el que se halle primero en esta lista; pero si el superior no sabe y el inferior sí, entónces debe preferirse el que sabe. La partera instruida debe preferirse á los hombres doctos y aun á los sacerdotes si el infante está en parte que no es decente que los hombres vean.

El padre y la madre no deben bautizar á su hijo por el parentezco que contraen; pero si absolutamente no hay otra persona que lo haga, pueden y deben bautizarlo, dando cuenta despues de ello á su cura párroco.

No debe haber muchos ministros á un tiempo. Si uno echa el agua y otro dice las palabras, no hay sacramento, porque al decir yo te bautizo miente, y así es necesario que un solo ministro lo haga.

La persona que bautiza en caso de necesidad contrae parentezco con el bautizado y con sus padres, y este parentezco le obliga á enseñar á su ahijado, si sus padres no lo hacen, la fé de Jesucristo y la doctrina cristiana, con tanta mas razon cuanto que ya despues los que lo lleven al Templo, en calidad de padrinos, á que le hagan las sagradas ceremonias, ya no contraen el parentezco espiritual ni la obligacion subsecuente.

Si el ministro del bautismo sabe hablar en latin no debe decir la forma en idioma vulgar, porque manda la Iglesia que los sacramentos se administren en latin; pero si no sabe este idioma la dirá en la lengua vulgar que mejor sepa.

SUJETO.

Este es cualquiera individuo de la especie humana que quiera recibir el bautismo para ser cristiano. En los niños no se necesita el querer, porque la voluntad de sus padres y la piedad de la Iglesia suplen la voluntad del sujeto. No importa saber si el que ha de ser bautizado es varon ó hembra, porque se hace intencion de bautizar á la persona que se tiene delante. Si hay duda en si una persona está viva ó muerta, se le administra el bautismo bajo la condicion: *"si eres capaz."* Mas si hay enteramente certidumbre de que la persona está muerta, no se bautiza.

Los hijos de los infieles y los herejes, si sus padres no quieren, no deben bautizarse, porque teniendo que vivir entre ellos corren el peligro de una casi cierta apostasía; pero un niño en artículo de muerte, cuando hay bien fundado motivo para creer que morirá, debe bautizarse contra la voluntad de sus padres con tal que se haga con prudente disimulo, de modo que los padres no lo noten para evitar los males que pudieran seguirse de hacerlo abiertamente y por fuerza. Con mas razon deberá bautizarse un niño moribundo si uuo de sus padres quiere que se bautize y otro no quiere.

Un embrion ó un feto abortado se bautizarán poniéndolos en una mano, desnudos de sus membranas, virtiendo el agua sobre ellos y diciendo la forma. Los mónstruos, si absolutamente no tienen forma humana, no se bautizan; pero si presentan un rasgo de la humana especie se les dará el bautismo condicionado diciendo: *"Si eres capaz yo te bautizo &c."* Los mónstruos por soldadura de dos gérmenes si se vé que son dos fetos claros y distintos se bautizan cada uno separadamente: si son dos cabezas igualmente perfectas se bautizan tambien cada una aparte del modo ordinario, aunque estén en un solo cuerpo: si de las dos cabezas una es mas perfecta que la otra, se bautiza primero la mas perfecta del modo ordinario, y despues la otra con la condicion: *"Si no estás bautizado:"* cuando hay una sola cabeza con dos cuerpos basta un solo bautismo.

Cuando aun está el feto en el vientre materno, si está en peligro de morir ántes de nacer, debe bautizarse por inyeccion. Para esto es preciso que el orificio uterino esté abierto, que las membranas fetales estén rotas; y que alguna parte del niño pueda tocarse con certidumbre. Se tomará entónces una geringa cargada de agua pura, se introducirá el vitoque, guiándole con el dedo dentro de la vagina, hasta que llegue á la parte reconocida del niño, se empuja el émbolo y miéntras la agua corre y baña, aun que sea un punto de la piel del niño, se dice la forma debidamente, con la condicion: "*si eres capaz*;" y despues de salido el feto se repite el bautismo en la cabeza con la otra condicion: "*Si no estás bautizado.*"

Cuando la cabeza ú otra parte cualquiera del cuerpo asoma un poco al exterior, y no es prudente esperar á que acabe de salir para bautizarlo, porque corra peligro de muerte, se bautizará, valiéndose de una esponja, de un algodon, ó de un trapo, empapados en agua: se aplica alguno de estos objetos á la parte que asoma, se exprime, y miéntras la agua corre y baña la parte del niño, se dice la forma con la condicion: "*si eres capaz.*" Despues de salido, se repetirá el bautismo con la otra condicion: "*si no estás bautizado.*" Si la cabeza está enteramente fuera, en ella se bautiza del modo ordinario y no se repite el bautismo. Mas si la parte salida es otra, en ella se bautiza con la condicion: "*si eres capaz,*" y despues se repite el bautismo en la cabeza con la otra condicion: "*si no estás bautizado.*"

El que recibió el bautismo dudosamente adquiere el derecho de sepultura eclesiástica.

Cuando un niño fué bautizado de manera que necesite repetirse el bautismo condicionado, si el peligro subsiste, se le dará luego el segundo bautismo; pero si ya no hay riesgo, se dejará para que el bautismo condicionado se le administre en el Templo solemnemente.

Modo ordinario de administrar el bautismo de necesidad.

Se toma en una mano la cabeza del niño, y con la otra

se lava y estrega, de modo que quede bien limpia y mojada, para que el agua bautismal toque aunque sea una pequeña parte de la piel, sin cuyo requisito no hay sacramento: se pone debajo un trasto para que el agua caiga: se toma con la mano con que se lavó la cabeza una vasija con agua: se dice: "*Hago intencion de hacer lo que hace la Iglesia*:" y se vierte en seguida el agua sobre la cabeza, diciendo la forma toda entera bien clara y distintamente. La efusion del agua debe hacerse de modo que al caer el chorro sobre la cabeza forme tres veces la señal de la cruz, la primera al decir: "*en el nombre del Padre*," la segunda al decir: "*y del Hijo*," y la tercera al decir: "*y del Espíritu*," así cuando se diga "*Santo*" ya estará concluida la tercera cruz. Por esto, los manuales eclesiásticos, ponen la forma de esta manera: "*Yo te bautizo en el nombre † del Padre, y del † Hijo, y del † Espíritu Santo. Amen.*

Estas tres efusiones en cruz, aunque no sean esenciales para la validez del bautismo, no deben omitirse, sino cuando sea imposible hacerlas, como en el bautismo por inyeccion, porque está mandado por la Iglesia que se hagan, y solo la necesidad escusa de pecado, cuando no se hace lo mandado.

Cuando se quiere imponer un nombre al niño, se antepone á la forma; v. g: "*Juan ó Antonio, yo te bautizo &c*;" pero el nombre no es necesario para la validez del bautismo.

El niño que recibió el bautismo de necesidad debe llevarse despues al Templo, para quo se le hagan las sagradas ceremonias que acostumbra la Santa Iglesia. De todo lo que pasó, al conferirle en la casa el bautismo, se le dará cuenta al cura párroco ó á quien sus veces haga, sin omitir circunstancia alguna.

Por razones higiénicas casi siempre hay necesidad de usar agua tibia en el bautismo no solemne, cosa que bien puede hacerse por válida y lícita.

ANTES DE LEER ESTE CUADERNO
CORRIJANSE LAS SIGUIENTES

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
2	4	destraits	des traits
,,	6	dignaté du medicin	dignite de medecin
4	2	intrínsicamente	intrínsecamente
,,	22	principios, materiálmente	principios materialmente,
,,	31	buenas	buenos
7	20	comparables	comprables
10	14	destino	desatino
11	15	Frutas	Frutos
,,	29	lo:	la:
20	17	preceplos	preceptos
21	36	pera	para
22	3	su	su
27	31	dificultod	dificultad
35	37	confisan	conficsan
39	20	ignorancia	ignominia
56	.24	qus	que
57	1	inposible	indispensable
,,	23	caudenar	condeuar
59	32	perniciosos	perniciosas

INDICE